

# ARMAS Y LETRAS

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPOR-  
TES · LITERATURA · PASATIEMPO · CURIOSIDADES  
— VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS —

DIRECTOR PROPIETARIO  
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

31 DE MARZO DE 1924  
AÑO V NÚMERO 76



Ayuntamiento de Madrid



# PISTOLA NACIONAL



**ASTRA AST**  
**REGLAMENTARIA-EN-EL-EJÉRCITO-ESPAÑOL**  
**FABRICANTES:** { **GUERNICA**  
 { **ESPERANZA Y UNCETA.** { **(VIZCAYA)**  
**DELEGACIÓN GENERAL** { **A.V.D. BERNABÉ** &  
 { **MAYOR 86 MADRID** &

Unica reglamentaria en el Ejército  
Unica reglamentaria en la Marina de Guerra  
Unica reglamentaria en el Cuerpo de Carabineros, en el  
Cuerpo de Prisiones y para los Jefes y Oficiales  
de la Guardia civil

CALIBRES, 9 mm. 7'65 y 6'35

Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazos estas pistolas  
por conducto de

**ARMAS Y LETRAS**



# INDUSTRIA Y COMERCIO DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

**MENA**  
FOTÓGRAFO  
CARRETAS, 39  
(Frente a Roma)

Tres carnets para identidad 3 pesetas  
Ampliaciones de SS. MM. del uniforme  
que se desee para cuartos de banderas y  
estándartes a 25 ptas. *Novedad fotográfica*, 33 calcomanías para aplicarse en  
papel, cartas, cintas, esmaltes 5 pesetas

**BLANCO HUECAS**  
para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más  
utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsimiles  
Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas  
*Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID*

**Admón. de Loterías núm. 16.—P. de Santa Cruz, 2**  
Su administradora D.<sup>a</sup> Felisa Ortega, remite a provincias, ultramar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan  
acompañados de su importe

**R. FERNÁNDEZ ROJO, GRABADOR**  
Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases  
Teléfono, M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID

**AVISO:** La casa que más paga oro, plata,  
platino, dentaduras, alhajas y pape-  
letas del monte. *Plaza de Santa Cruz, 7 (Platería)*

**CASA HERNANDO**  
MAYOR, 29  
Teléfono, 24-85 M

Venta de toda clase de máquinas de escri-  
bir. Reparaciones muy económicas, accesorios de toda clase. Cintas, papel carbón, tampones y efectos de escritorio. Se hacen abonos para Madrid y provincias.  
Presupuestos gratis

## El Arca de Noé

ALMACEN DE PAPEL  
OBJETOS DE ESCRITORIO

Libros Rayados - Stilográficas Garantizadas - Papel de Hilo y Algodón  
SOBRES DE TODAS CLASES Casa Especializada en Sumi- VENTAS POR MAYOR  
— Y TAMAÑOS — — nistro de Oficinas — — — Y DETALL — —

CORREDERA BAJA, NUM. 39  
— TELÉFONO, 44-79 M —

Precios muy económicos

— SUCURSAL —  
CALLE DEL PEZ, NUM. 2

Al militar que viaja le conviene saber que en Madrid existe la **Pensión Castillo**  
Vergara, 6, principal :: :: (Sucursal: Pasadizo de San Ginés, 6)  
PENSION DESDE 8 PESETAS :: COCINA ESMERADA :: CUARTO DE BAÑO  
CASA ESPECIAL PARA MILITARES



**SASTRERÍA MILITARY PAISANO**

**ALVARO**

Mayor, 20 pral. - MADRID

ESTABLECIMIENTO DE  
**JORDANA**  
Príncipe, 9.-MADRID.- Teléfono 4.038

Especialidad en artículos para regalos  
con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BAN-  
DERAS PARA REGIMIENTOS.—PAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHA-  
RRETERAS, DRAGONAS Y HOMBREERAS.—CASCOS, GORRAS Y ROSES,  
CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—  
SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BOR-  
DADOS.— BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ES-  
TRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES  
Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOL-  
NES, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

Ayuntamiento de Madrid



# Anuncios por palabras

**LITERATURA** Militar preceptiva, por Fernando Altolaguirre. De texto en la Academia de Caballería. Único libro de consulta, sobre tal materia, para el Cuerpo de oficiales. Precio, con el apéndice, 8 ptas. Pedidos al autor, Lista, 73.—Madrid.

**PARA** pasar un rato distraído, nada más apropiado. Cervecería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7

**PARA** hombres.—Ayer ventrudo, hoy enjuto: es que uso las **FAJAS DE JUSTO**. Probarlas es adoptarlas. Carmen, 10, corsetería.

**GRAN HOTEL**.—Alicante. Propietario, Miguel Simón. Servicio esmerado. Los militares, mediante la presentación del carnet militar, obtienen una bonificación del 10 por 100.

**CLEMENTE Y GARCIA**.—Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34. Madrid.

**ACERO**.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de prendas a las untas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38. Madrid.

*un buen jipele*  
hace un buen  
**Caballo**  
*Si deseais  
que vuestras  
cuadras ga-  
nen siempre  
emplead*



**Resolutivo Rojo Mata**  
**Cicatrizante Velox**  
**Anticólico F. Mata**

## ¡¡TODO NUEVO Y TODO DE OCASIÓN!!

SI QUIERE V. COMPRAR O VENDER Alhajas, Relojes, Máquinas de escribir, fotográficas, Pianos, Pianolas, Gramófonos, Bicicletas, Objetos de arte y fantasía y cualquier clase de artículos, VISITE TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS Y ACUDA POR FIN A LA

**CASA ORIA Y GALINDEZ**

Calle del Clavel, 8

MADRID

Teléfono 19-31 M

SE CONVENCERA de las VENTAJAS QUE SU LARGA EXPERIENCIA en el NEGOCIO pueden PROPORCIONARLE



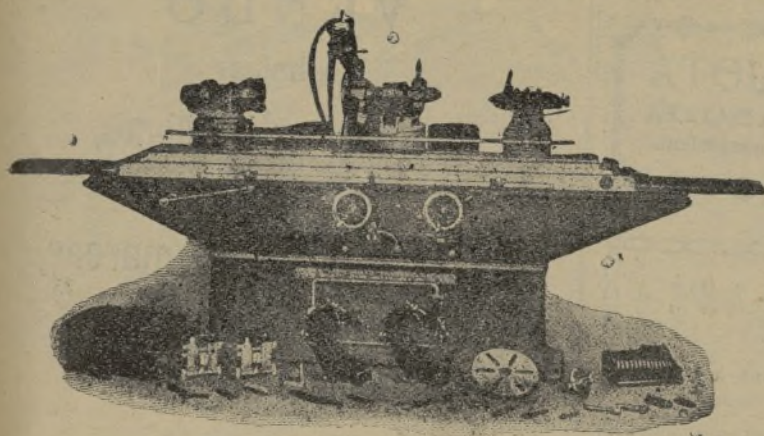
# Maquinaria y Herramientas

## S. A. M. FENWICK

— Consejo de Ciento, 421 —

BARCELONA

Instalaciones completas para talleres de construcción y reparación y fundiciones de hierro y acero.



Rectificadora "BROWN & SHARPE"

Máquinas de roscar en roscas de madera —:— Aparejos de elevación «YALE»

GRANDES EXISTENCIAS EN NUESTROS ALMACENES

ESTUDIOS Y PRESUPUESTOS GRATIS

PÍDASE EL CATÁLOGO DE HERRAMENTAL

### GRANDES ALMACENES DE SALVADOR DELTELL

(CASA DEL VALENCIANO)

RIBERA DE CURTIDORES, 18 — MADRID

Construcción de toda clase de correajes y equipos de caballo para el Ejército  
Compra y venta de toda clase de desechos militares en cualquier punto de España

— SE PAGAN —  
ALTOS PRECIOS

### EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,  
:: guantes, medias, etc., etc. ::

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,  
CEPILLERÍA, ESPONJAS

y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. — Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA

PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO

### PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Planos, Pianolas,  
Bicicletas y Máquinas de escribir.

CASA DE COMPRAS  
Y VENTAS — LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 — TELÉFONO 797 — MADRID

### JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacos y  
kalpats. Calle Mayor, 57, MADRID. (Frente al café  
de Platerías.)



## BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos génito-urinaros.

FARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.—MADRID

## RECLUTAS DE CUOTA

Acedid para aprender la instrucción a la ESCUELA CÍVICO-MILITAR. La mejor y más conveniente.

## ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA

JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. Gemelos prismáticos Busch-Zeiss-Goerz. Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. -Teléfono M 4.205.-MADRID

Escopetas. Artículos para caza y viaje. Objetos para regalos. Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. Pañuelos de Manila y mantillas de encaje

## ANTIGUA IMPRENTA MILITAR

DE

## CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos del Ejército. • • • • • Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda. 5. MADRID

Zuleros: Zutor 1. y Ventura Rodriguez. 17.

Teléfono 1.548 - J

# SERNA

## COMPRO, VENDO

Alhajas,

Papeletas del Monte,

Oro, Plata,

Relojes de buenas marcas,

Antigüedades,

Pianos, Autopianos

Escopetas,

Máquinas fotográficas,

Gramófonos,

Máquinas de escribir,

Prismáticos

y cualquier objeto de valor

HORTALEZA, 9

TELEFONO, 53-51

ARTICULOS DE OCASION

## EFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Tirantes, Fiadores, Charreteras, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajeras, Galones, Soutaches, Cordones de ayudante, para medallas, bastón, Espadas, Espadines, Sables y Condecoraciones

## CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Roses, Entorchados, Botones, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas, Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar





# El "Pianola-Piano"

es el único instrumento autopianístico que ha merecido los elogios de

TODOS LOS GRANDES MUSICOS CONTEMPORANEOS

## EL "PIANOLA"-PIANO

es el adoptado por el Vaticano, SS. MM. los Reyes de España, de Inglaterra, de Italia,

de Bélgica, de Suecia..... y por las más prestigiosas

INSTITUCIONES MUSICALES DE TODOS LOS PAISES

y es, a la vez, el de mayor garantía y el más barato

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

THE ÆOLIAN COMPANY

S. A. E.

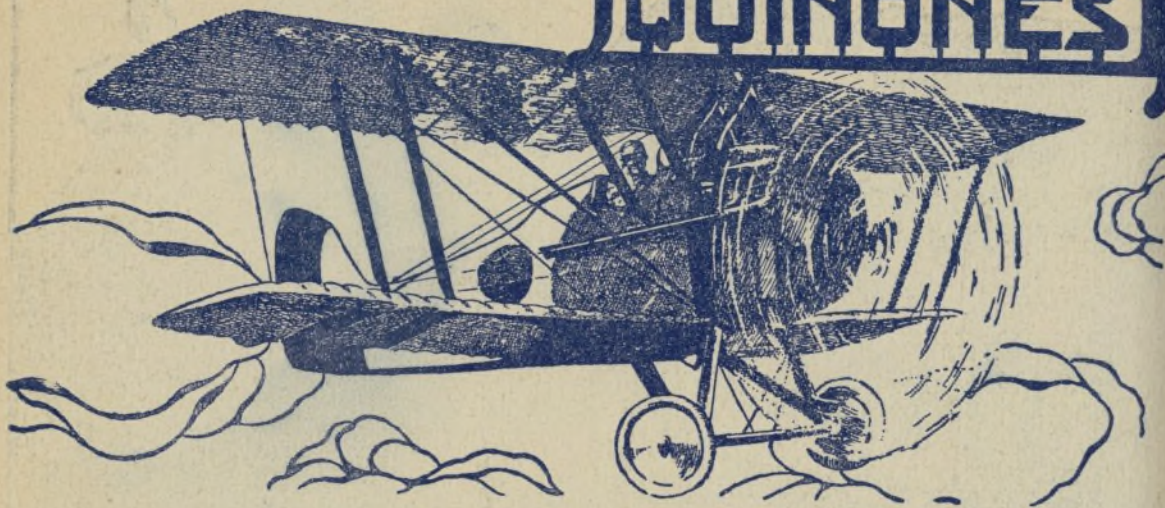
AVENIDA CONDE PEÑALVER, 24

MADRID

Ayuntamiento de Madrid



# SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



ACCESORIOS

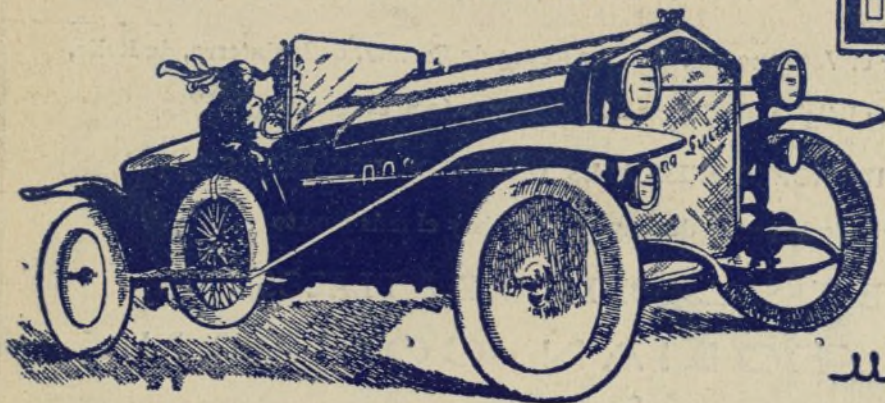
para Automóviles, Globos y Aeroplanos

PROVEEDORES DE LA AERONÁUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices. Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero.—Accites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342  
ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Uchida

Imp. de ARMAS Y LETRAS, Tutor, 6.—MADRID





## DIALOGOS MILITARES CARTAS ENTRE JUAN Y PEDRO

Querido amigo Juanico: me paece que os golveis ahí mú fatos y fantasiosos: ¡mía que creer que con lo nuevo que pongan en el reclutamiento, vais a veniros toos pá casa, parejo que si lloviera! ¿como sois asín? tan y mientras qu'hagan falta soldaos en esa tierra, alguno tié qu'estar: lo que se pué hacer, y no es tan poco, es que yendo toos, toqueis a menos tiempo y tengais mas jornal ¿lo comprendes u no?

Mira, antes de que se m'olvide, te diré, que no me gustan esas endirectas que me ices, de que me paso la vida iciendo cosas, sin que s'haga res y de andarte con guasicas: ya sabes, manque seas algo topo de comprenencia, que yo soy mú serio y no m'ando con apaños ni alparcerías, como hacen las mujerucas y los hombres que se las parecen y... güeno; ya te he icido bastante: agora, ascuchame.

Ya está too arreglao: me paece a mí que no habíó mucha tardanza, pero, pá sabelo too, habrás de tener entoavía un poquitico de pacencia y pá que aguantes y hagas aguantar a esos, te diré dos cosas güenas: en cuanto que cumplas dos años de servicio, has rematao y te pués venir cuando quieras, pos ya no se estará mas qu'ese tiempo en filas: ¿t'acuerdas de aquel sobrino del alcalde que m'hizo venir al servicio, porque tenía dos u tres melímetros menos que yo? pos ya lo ha pagao, porque, los güenos mozos, seguiremos sirviendo pa soldaos y los chiquitucos, no se quearán en casa, no; servirán p'asistentes y ordenanzas y rancheros... ¡mía que tiés mala pata! con las filigranas que sabes tu hacer con las patatas y quitate el puesto... ¡si son mas desagradecíos los hombres!

¿Sabes que te pones un poco postinero al hablar d'eso de Tizi y de lo que os cuesta llevales las alubias? ¡claro! como eso fué solo pá poner el pie, al dejalo pá echarse, tien qu'estar mú apretaos ¿has visto tu que puea salir bien una chaqueta si l'hacen entre tres u cuatro sastres? manque sean mú güenos, la prenda tirará d'un lao y d'otro no llegará, no li des güeltas.

Mía tu si nos habremos dao cuenta de lo que pasa y de lo que pué pasar, que ya teneis ahí esa brigada que en tres u cuatro días salió arreando: me paece que no podeis quejaros ¡ah! y... esto, no vayas a icilo por too el campamento: pa el mes que viene, sus mandaremos casi treinta pajarracos d'esos que tanto le gustan al mojamete de la crin; ya me dirás que cara pone, cuando les vea llegar toos juntos y reso-

plando... ¡a ver si deja de ser tozudo y poemas hacer trato!

Oye maño ¿qu'aciais cuando visteis esos convoyes de mojametes que ices en tu carta? ¿miralos como si salieran de los toros? porque, creo yo, o estaré equivocao, qu'asín como ellos, s'escacharran de gusto tirando a los arrieros nuestros, podíais haber hecho lo mismo vosotros, porque, si nó... ¡vamos que tié gracia!

Por aquí, como pasar, no es mucho lo que pasa: han salío unas cosas, como las ordenanzas, pá los municipios, con cientos de articulos, parejo que aquellos que tanta rabia le daba al furriel tenerlos qu'aprender, cuando no era cabo y quería serlo: yo estoy algo asustao por que ice el maestro que nos los tenemos qu'aprender toos, casi toos... ¡vamos que si es verdad, me paece que me voy al tercio!

¿Que dirás que pone en eso que le icení regimen pa los ayuntamientos?... ten cuidao no t'estozoles de risa al leelo... ¡que tienen voto pa votar, las mujeres! amós, que s'hace cá cosa hoy... si vias lo que parlan, aquí, las del pueblo: las hay qu'están mú incomodás porque icen que solo pueen echar papelicos en el puchero, las que no tien padre ni marido: icen las agraviás qu'ellas, por lo mismo que tien hombre, son mas mujeres que las demás y van a escribible una carta al deritorio, iciendole, a ver que s'han figurao que son ellas.

A quien hay que oir es a la señá Rita, la madre de los Malportaos ¿no t'acuerdas hombre? ice, dándose la mar de postín, qu'ella votará al hijo suyo mayor y qu'asín no pagarán consumos, ni repartos pa naide y que los abríos del ayuntamiento no comerán mas cebá que la qu'ella lleve, que ya sabrá el precio a que la pone y que no le vayan con historias, que lo qu'ella no pague, ya lo repartirá su hijo, entre unos cuantos, poniendo un poquitico mas, pá que no haiga merma en la casa de la ciudad.

¿Que te paece la novéa? pué que traiga mampos, por que, en toas las tertulias que por el pueblo se forman dimpués d'anocheo, s'arma ca bronca cuando hablan d'eso, que no se yo en que acabarán: y lo güeno es, que una tarde oyes a uno hablar mal y a la otra, está tan conforme: a mí se m'ha figurao, por lo que les oigo a algunos gachós, que no se podrán hacer las gatusás que s'hacían y por eso chillan muchos, por que, los callaos, esos que nunca han querío ser concejales, ni ná, pos no se quejan ¿que? ¿igo mal?

El maestro y el señor Cura, andan iciendo que, a la chita callando se forma un partido pá cuando los generales se cansen u no tengan ná qu'hacer, ponese



ellos a menistros y gobernaores y ser los mandones: cuando hablan d'eso, s'arman las primeras zapatietas en el casino; enseguida escomienzan toos a gritar y a icir... ¡güeno!... ¿es que t'has figurao que no tengo mas qu'hacer qu'escribite? aguardate a otro día y ya sabes; aquí esta tu amigo, —Pedrote.

\* \* \*

Apreciable amigo Pedro: ya sabía yo, por habelo visto, mas de cincuenta veces lo espabilao que fuiste siempre, pero dende que estás en el pueblo, aun lo eres mas ¿que a cuento de que te igo esto? pos por lo de mi quinto: dende que recibí tu carta escomencé a llamalo Pedro, lo mesmo qu'hacía con tu, y s'acabó aquello de no haceme caso; agora, deseguida contesta ¡chocala maño! ni que fuás el mismo demonio, como decía mi agüela, cuando al volver de la viña, endivinaba yo lo que traía en la cesta.

¿Ves que paece que tengo ganas de reime y de icir y ascuchar monsergas? pos no hagas caso, qu'es al rivés: ¿te paece tu que pué hacer gracia a naide, que no podamos ir a ver los de la Tiza, sin ir confesaos y casi con la funeraria detrás?

Y paece que dende hace unos días too s'ha puesto a la contra nuestra: no para de llover con esos ramalazos que solo aquí hay y fegúrate, como estarán, eso que algunas veces llamamos camino, manque los ingenieros le igan pista.

Si estás en la tienda, gotera sigura; si sales y te pilla un chaparrazo, necesitas la leña de un carrascal pa secate y... golvete a mojar: ya estarán contentos, los desharrapaos qu'el otro día mus mataron a cinco u seis del convoy; ¡si no fuá por la lluvia!

No te figures que se fueron jactanciosos, no; que los qué se pusieron agazapaos en la lomica, esos, no se lo cuentan a naide; ya pués aseguralo; hay que ver los fantasiosos que trincheras tenían; parejo que las nuestras y ¡si serán vivos! en puesto d'hacelas, como nosotros, en una tirá larga, las hacen con la mar de riueltas y como te llenan too el monte, pos andan, al igual que las brujas, agazapaos.

Asín resulta que dimpués que crees s'han ido, al revolver te los encuentras otra vez: te encorajas, subes a buscarlos y ¡allí están las uvas pa tu! mientras subes, como tiés qu'andar mas despacio que ellos, al bajar p'al otro lao u correr por arriba, cuando llegas, solo hay los qu'acertaste con el fusil sin verlos.

Pero ya sabemos toos, que en cuanto el tiempo bueno diga ¡ya estoy aquí! les vamos a dar un em-pentón que riéte tu de lo que corríamos en aquellas carreras qu'hicía el Tiniente Bailez, pa darnos de premio un paquetico de cigarros: ¡algunos te fumaste, con aquellas granujás que sabías hacer ¿t'acuerdas?

Güeno: ya t'he dicho endenantes que no está el horno templao pa poner bollos y no tengo ganas de charrar; tu, ahí sentadico, manque te figures mucho,

no pués comprender lo mal que se está en un puesto, cuando no sabes que hacer ¿no te icía yo, hace tres u cuatro cartas, que no me gustaba lo quietecicos que estabamos toos? pos mira, ya salió lo que yo icía.

Oye; pa no ponete de mal humor, charraremos de cualesquier otra cosa, tan y mientras que vienen esos que icen los papeles que van a venir ¿crees tu que podían habese estao quietos aquí? eso es según, porque lo que descansaran, no se lo quita naide y al cazaor qu'ha dormío, no l'importa tener que dar tres u cuatro manos al monte.

De toas las maneras, hiciendo hoy lo que digan unos y mañana lo d'otros, esto, no se acabará nunca: con estos gachós, lo qu'hace falta, es comprales la casa u quitásela u lo que sea; too, menos andar de limosna, siempre con la cocota al aire y trompezando en los pedruscos de estos andurriales.

Al final de la partida ¿que t'hacen uno u dos amarracos? si tiés pares de verdá y de ley, pos echa al órdago, chillando pa que t'oigan en la plaza y si no los tiés, pos da mus y no t'andes con enviticos de sacristan ¿se me comprende u no?

Y como ya te he icido que no quió hablar de lo que no se debe, apunta qu'eso de que los ayuntamientos s'hagan d'otro modo, no está mal pensao, no señor, pero me paece a mí que la enjundia de la cosa, está en lo que ice el maestro d'ahí, de ese pueblo: qu'haiga hombres güenos y si no no lo son, pues, con la cachiporra, haceles que lo parezcan u que lo sean, en cuanto salgan de casa: adentro d'ella, pos mira, si se quien ahorcar, comprales una cuerda que sea recia y bien hilá.

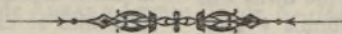
Tamién tiés tu razón, en ir con el albeitar al envite ese pa que el cotarro s'arregle pronto: no es güeno, no, dejar a los alparceros qu'inventen, ni tampoco tener amarraos a los que lo son y a los que no ¡reconcho! que los acaloraos no puen hacer na güeno, ni las manguzás, creas tu qu'arreglan las cosas, echandolas, como quien echa grano a los gurriones.

No te diré na mas, pa que no digas que t'armao un llo con mis alparcerías ¡es que tiés unas cosas, maño! ¿cuando te he dicho que no me digas, lo que me ices, ni que tenga miedo de que me escacharren, por lo que tu puás icir en tus cartas? ¿es qu'entre amigos, está eso bien?... ¡redíela! cuando estabas aquí, no anduvías con tantas componencias... pa mí que t'has crefo... ¡cualquiera endivina lo que a tu se te mete en la cocota!

Ten pacencia, hombre, que a too llegaremos... ya ves tu, hasta nos tenemos que morir: que pase dren-to de dos u tres cientos de años y tu lo veas, es lo que quiere, tu amigo, que lo es este—Juan.

Por la transcripción,

FERNANDO DE ALTOLAGUIRRE.







Espíritu de hierro, modelado  
 Por algún rudo artífice, en la hoguera  
 Del culto al soberano y su bandera.  
 Templo a Dios y a Castilla consagrado.

Rostro de los pinceles arrancado  
 Del Greco y de su tétrica manera,  
 Adusta faz, hermética, altanera,  
 Sutil, de inquisidor y de soldado.

Italia, Flandes, Portugal... Reflejo  
 De la madre pretérita y espejo  
 Del claro general y de su hazaña.

Marte cabalga, rojas las espuelas,  
 ¡Y Mülberg, Mons, Alcántara y Bruselas  
 Son lauro eterno de la eterna España!

FERNANDO AHUMADA.

## FANTASÍA ESCARLATA

El divino reir de los huríes.  
 tienen tus labios de coral; los míos  
 están desde aquel ósculo tan fríos,  
 que se han muerto sus tintas carmesíes.

Arden rojos los tuyos cuando ríes  
 y cuando esquivas muestras tus desvíos  
 y es porque llevan en su tez los bríos  
 que llevan en su entraña los rubíes.

Tienen mis labios el color quebrado  
 como el carmín del traje descuidado  
 del bufón de una reina enamorada;

y el color de los tuyos tanta vida  
 como el rojo vibrante de una herida  
 donde acaban de dar la puñalada.

ENRIQUE LÓPEZ ALARCÓN.

## FRÍVOLA

La gentil Lucita la dominadora  
 ríe rodeada de bufones ruines,  
 y es su risa loca, cruel y punzadora  
 entre los espasmos de los violines.

Los viejos añoran sus años galantes  
 e insinúan cínicos promesas y dones;  
 la ofrecen rubíes, topacios, diamantes,  
 al compás flexible de los rigodones.

A nadie hace caso y a todos alienta  
 con palabras vagas, con su risa cruenta,  
 hasta que su amado la invita a bailar.

Entonces se apoya mimosa en su brazo  
 y al vals que los une en estrecho lazo  
 se cuentan dichosos sus ansias de amar.

RAFAEL MONTEALEGRE.





# AL LLEGAR

POR YOSHIVARA



ACINTO Castielles, en mangas de camisa, con el calzón y las botas de montar puestos todavía, mirábase en el espejo contemplando, al par que los copos blancos de jabón que iban cubriéndole la mejilla para afeitarse, la nueva alegría que brillaba en sus ojos, recordándole aquella otra que allá en los tiempos de recién salido de la Academia, un chiquillo casi, habíale producido el deslumbramiento de la vida libre que abría de par en par ventanales desde los que adivinaba, más que veía, magníficas perspectivas, de fascinación incomparable y múltiple.

Y en los interminables cinco minutos de jabonadura que su recia barba exigía para dejarse rapar sin excesiva protesta dolorosa, el renovado Castielles de los veinte años comenzó sus confidencias con el Castielles que reflejábanse en el espejo.

Tres cosas había sacrificado al venir a Madrid, ya un tanto vencida la cuesta de los treinta, un fino y cuidado bigote borgoñón, orgullo de sus años de oficial, un partido aceptable, es decir, el que representaba una muchacha de buena familia acomodada, con la que irremediablemente le casaban las hablillas, y aun los votos del Casino provinciano, desde aquel día en que compartieron la dirección de un cotillón de honor años atrás, y, por último, el puesto envidiable a que había llegado en el regimiento, el de ayudante mayor, máxima aspiración de un capitán que guste leer y trabajar para la profesión.

¿Qué ambiciones, qué apremios o qué desilusiones habíanle traído a la Corte? Ni ansias insatisfechas, ni apremios, ni aun desilusiones. Una frase. Una de esas frases de diabólica sugestión. Castielles, que era un hombre de algún humor, se divertía en clasificar a los hombres con los nombres de los instrumentos musicales, con los que decía encontrarles quién sabe qué pretendidas semejanzas. Un hombre cornetín era un tipo chillón, pequeño y de más o menos agudo ingenio. El hombre acordeón era el que, sin ideas propias, quería decir cosas amables, resultando su charla un vacío y molesto sonsonete. El contertulio de Casino que con cuatro ideas—ni una más—resolvía los cuatro únicos problemas que, según él,



planteaba la vida, logrando gracias a ellas la felicidad de todo el mundo, habíale dado el tipo del hombre jazz-band.

Y de modo parecido había encontrado el hombre-fagot, el hombre-redoblante... y su pasaporte para Madrid... que, víctima de su propio ingenio, quiso huir de sus mordaces consecuencias. Porque ocurrió un buen día que dos oficialitos jóvenes y ocurentes que fueron a la imprenta para conocer un avance de la Orden, sin saber que él estuviera por allí todavía, comentaron irónicos:

—Vamos a ver el concierto que ha dispuesto para mañana el capitán Charanga.

Y el recién bautizado capitán, para huir de la pública confirmación, cursó en seguida papeleta pidiendo Madrid, cuyos atractivos habíanse presentado a su imaginación de un golpe con brillantez inusitada. Pocos días más tarde, el destino, el pasaporte y el viaje, que le volvía joven, soñador y aun Tenorio, después de los interminables y anodinos años de provincias.

Sólo que Madrid, sugestivo y tentador desde el primer momento, era esquivo y frívolo, no bien querían aprisionarse sus encantos. Muchas y bellísimas mujeres, bien vestidas en su mayoría. Muchas siluetas de figurín. Muchas cabelleras ultramodernas, formando como un blando y convencional estuche de caritas lindas... ¡Tantas cosas contrastando con la monotonía y retraso Provincianos! ¡Pero todo a la vez tan desconcertante por lo fugitivo, por lo incoercible, por lo sutil!

¿Sería también otra especie de belleza-fantasma, como tantas otras que le habían deslumbrado



un día para desaparecer al siguiente a toda pesquisa, la espléndida mujer que absorbía toda su atención, todos los ratos libres que el cuartel le dejaba y todos sus ensueños de espíritu rejuvenecido?

Habíala conocido en la parada del tranvía; había sentido una fuerte aunque tímida curiosidad, viendo su risa un poquitín provocativa por lo jovial y alegre, jugueteando desde la traza roja y perfecta de la boca al ámbar y azabache de los ojos, y se había resuelto al fin a seguirla, intrigado por la un poco rara conducta de que no tomasen ella y su acompañante ningún tranvía de la línea, ni mostrasen la natural impaciencia del que espera. Lo cual, repetido otros días, acabó de pintar en la mente de Jacinto ese como telón de maravilla sin el que cada mujer se parece demasiado a las demás, y sobre cuyo fondo ninguna es comparable a la que interesa.

Por todo lo cual, Castielles quería pasar del prólogo y poner un título al primer capítulo de su nueva pasión, aprovechando la oportunidad de haber oído que ella y unas amigas se despedían «Hasta mañana, en el Palace», donde se había propuesto ir él también.

Escaso el tiempo, hubo de acelerar los últimos detalles de aseo y vestido para salir camino del Hotel, temiendo haber olvidado algún detalle porcul-

pa del distinguido conferenciante que les había contado allá en el cuartel, con aire de erudito, unas cuantas cosas sobre nacionalismo de postguerra y proyectos de renovación española, para terminar con la manida y pobre frase de «Aportemos cada uno su grano de arena para tan magna obra», frase que había sugerido a Castielles otra bastante más original: «Y así la obra será, como tantas obras hechas en España, con tan deleznable material y buenos propósitos. Será, como aquéllas, duna en estéril páramo que el viento de

todos los cuadrantes de la política o la pasión deformará y cambiará a su capricho».

Poco animado el Palace todavía, pudo Jacinto a poco de entrar hacerse la reconversión «de tomar esto de las conquistas con un exceso de interés algo semejante al atolondramiento de un cadete», y que su prisa en nada tenía que envidiar a la «prisa algo cómica de los «isidros» para ir a la estación».

Eligió un sitio para ver cómodamente la entrada, y comenzó a saborear un cock-tail menos exquisito que los que en su pisito de soltero eran exótico señuelo, junto con unos divanes y tapices turcos, para deslumbrar modistillas atrevidas o tal cual viuda ajamonada en la capital de sus ya pretéritos recuerdos y mediocres aventuras.

Entraba espaciada, sonriente, la concurrencia habitual del Palace. Adivinábase la nueva rica, triunfaban aparatosas algunas muchachas de equívoco maquillaje, sonreían las disciplentes algunos chicos bien, miraban entre distraídas y azoradas dos niñas que, acompañadas de su mamá, parecían haber entrado por primera vez, y caldeábase el ambiente de esa cordialidad arbitraria y cosmo-

polita que forman a un tiempo las risas apagadas de los que discretean, el andar candencioso de las parejas, el cruzar de los mozos con variadas fruslerías y el discreto sonar de cercana orquesta.

Castielles contemplaba las evoluciones de una pareja que hacía un derroche de cadencia en cada giro y una escultura de cada rápida posición, cuando llamóle la atención un grupo que, recién llegado, intentaba descubrir lugar donde instalarse. Y en el grupo, ella, la interesante y hermosa mujer del tranvía, que, más elegante y espléndida





que nunca, no tardó en descubrirle y aun sonreír levemente.

El amplio sombrero y el vestido de impecable corte moderno completaban su natural arrogancia, aumentando la confusión y cortedad que desde el primer momento sintiera Jacinto, sin saber por qué, ante aquella mujer, y comentó para sí: «Bonita sí que es: interesante hasta la saciedad, con aquellas inexplicables esperas en la parada del tranvía, y su cortejo de seguidores tras de cada una ... que nunca volvían, sin embargo, como si un raro y común presentimiento les advirtiera la inutilidad de insistir.... pero ¿cómo lanzarse a pedirle un baile sin presentación de nadie y con el temor de que su estilo un poco provinciano y rígido le pusiera en ridículo a las dos vueltas?

Vacilaciones, nueva y creciente admiración, viendo el gesto de natural elegancia de ella para sentarse y quitarse los finos guantes y la piel; desorientación al observar las risas de ella y sus amigas por quién sabe qué comentarios; aplazamiento, en fin, de toda arriesgada decisión hasta que ellas tomaran el té... y una ocurrencia de su yo satírico y mortificante que venía a complicar la situación, reflejándole su propia imagen: «No

te hagas ilusiones, capitán Charanga; tú apenas sabes salir del pasodoble».

¡Caramba! Juraría que él conocía al caballero que, pulcro y correcto, con la naturalidad de un habitual del Palace, cruzaba un lado del salón, acudiendo a saludarla. Pero ¿dónde podría él haber visto a aquel individuo? Su escaso tiempo en Madrid no le permitía conocer gente apenas, fuera de los compañeros, y no del todo a éstos, dado su género de vida...

No tardó en salir de la duda, porque, emparejado con ella, con la interesante mujer que él había venido a buscar, iniciaba los primeros giros de un «fox» con la más elegante maestría.

¡Menudo chasco! El conferenciante de la tarde, «el de las dunas», como ya le llamaba para curarse de su manía instrumental, resultaba ser, no un erudito de pacotilla y adusto intelecto, sino un ágil y galante «dancer», que también sabía decir cosas interesantes a su pareja, a juzgar por el agrado con que parecía escucharle; que sabía, en fin, la fórmula cabalística para que no se le esfumasen, como a él, todas las mujeres, como inquietantes espectros de luz e ilusión.

## CATECISMO DEL ESTUDIANTE

Sois amables tal cual sois... La alegría es uno de vuestros encantos..., pues estoy seguro que la alegría no ha sido acordada a los hombres como un don gratuito, sino que ella busca para anidarse las almas activas, libres y desinteresadas.

Sois vosotros la sabia juventud. No desconfiéis de la ciencia: ella no es vana ni os inducirá jamás a un error, pues colocándoos en el peor de los casos, no puede esto engañaros más que el amor; guardad la fe como en todas aquellas ocupaciones del alma que llenando por entero vuestras vidas os apartan de lo mediocre y de lo vulgar.

No desconfiéis tampoco del pensamiento. Lejos de someterle, someted a él todo lo que él no sea.

Reconoced, como Pascal, que es él el principio de la moral y que en él está la única dignidad del hombre. Yo os conjuro, señores, a sacrificar todo a la verdad moral e intelectual. Sed entre nosotros sus testigos y sus víctimas; entregad como ofrenda vuestra alma a lo bueno y a lo bello. Es necesario que no se diga que sólo hay en este país una sola fuerza, los intereses materiales. Mostrad

que reina un poder más noble y generoso. Por donde os coduzcan, ya sean las circunstancias o vuestros esfuerzos, mostraos tales o cuales sois, los hombres del pensamiento y de la ciencia. Conservar el amor a la verdad, el fervor por el espíritu, el corazón puro, el perfecto desinterés, tanto en la acción como en el estudio.

No tratéis la vida como un negocio, que si ella lo es, siempre concluirá por ser un «mal negocio». Todo se pierde en el momento de la liquidación. Pero cuando se ha poseído, aunque no fuese más que un momento, ese destello de verdadera belleza, os habéis asegurado inestimables bienes e infinitas ventajas. Conservad el don precioso de la juventud del alma que sabe retener hasta el término de la vida el exclusivo cuidado de las cosas que pasan.

Despreciad lo despreciable.

Estableced vuestra fortuna al abrigo de los golpes que abaten aquello que ha sido construido demasiado bajo. Defended contra el enemigo aquello que tanto amamos en vosotros: esa sabiduría pura y risueña.

ANATOLE FRANCE



Béla Szenes, escritor húngaro, es de los más brillantes de la juventud de su país. Dotado de extremada flexibilidad, cultiva con igual acierto la novela, el cuento y el teatro, siendo sus cualidades más acusadas la observación penetradora y una sutil ironía perfumada de humorismo

PÁGINAS HUMORÍSTICAS

## EL NOVIO DEL TRANVÍA

POR BÉLA SZENES

Hace años que no he hablado con Imre Benedek. Esta tarde nos hemos encontrado en el tranvía. Estamos sentados junto al cristal, uno frente a otro.

Yo.—¿Cómo te encuentras?

EL. (con el rostro radiante).—Maravillosamente bien.

Yo.—¿A quién llevas esas lindas flores?

EL. (con orgullo).—No es a mi abuela.

Yo.—¿Es guapa?

EL.—Una maravilla.

Yo.—¿Casada?

EL. (llamándose al orden).

—Una muchacha soltera, distinguida.

Yo.—¿Supongo que no vas a casarte!

EL.—¿Por qué no he de casarme? Tengo tres mil coronas mensuales. Y un piso. ¿Conoces a Arányi, el de nuestro banco?

Yo.—No.

EL.—El pobre viejo está muy mal. Si se muere ascenderá a cajero. Gracias a Dios, tengo suerte en todo. Además, el padre de Aurora es un hombre rico, muy rico.

Yo.—Que sea enhorabuena, amigo.

EL.—Gracias. Aunque la cosa no es todavía pública. Es un asunto arreglado, pero que no se ha hecho público aún.

EL COBRADOR.—¿Hacen el favor de los billetes?

Yo.—Pase.

EL.—Abonado.

EL COBRADOR.—Gracias. (Se va.)

EL.—La muchacha es muy guapa. El viejo tiene casas en el Gran Bulevar. Aurora es hija única. En estos últimos tiempos el viejo ha ganado mucho en la bolsa; es un antiguo usurero, pero a mí eso ¿qué puede importarme? No me caso con él, sino con su hija, ¿no es cierto? Te digo que el vie-

jo se opone a la boda, pero Aurora... (Se calla y acaricia suavemente las flores.)

Yo.—¡Oh, el amor!

EL.—Sí, esa es la justa palabra.

EL CONDUCTOR.—¡Puente Margarita, lado de Pest!

(Llegan nuevos viajeros, sentándose junto a nosotros una señora guesa y otra delgada. Las dos damas prosiguen una convereación ya comenzada.)

LA GRUESA.—Aurora no me dijo nada el otro día.

LA DELGADA.—Porque la cosa no es todavía pública.

LA GRUESA.—¿Y qué es él?

LA DELGADA.—Han tenido muy buenos informes. Está en un banco, ascenderá pronto a Cajero.

LA GRUESA.—Es un buen empleo.

LA DELGADA.—Sí.

Yo miro a Imre Benedek.

EL me hace señas con los ojos para que atienda lo que dicen nuestras vecinas.

LA GRUESA.—Tiene un piso.

LA DELGADA.—En estos tiempos es un verdadero premio gordo.

Yo miro sonriendo a Benedek, cuyo rostro irradia orgullo.

LA GRUESA.—Aparte de eso, es fácil que encuentren un piso mayor en una de las casas del viejo.

LA DELGADA.—El viejo, acá

para inter nos, ha robado bonitas sumas.

Yo miro a Benedek.

EL me hace señas de que es indudable que se trata de él.

LA GRUESA.—¿Y es tan grande el amor?

LA DELGADA.—¡Colossal!

El rostro de EL resplandece de orgullo de un modo asqueante.

LA DELGADA. (después de una breve pausa).—





Pero sólo por parte del joven. Me han dicho que Aurora no puede sufrirlo al pobre.

Yo miro a Benedek a hurtadillas.

El se pone rojo.

LA GRUESA.—¿Que no puede sufrirlo... ¿Por qué? ¿Sigue enamorada del teniente?

LA DELGADA.—¿Acaso no tiene razón? El teniente es un hombre espléndido, que da gozo mirarle. Cuando ocurrió la desgracia, el viejo habló con él; pero el teniente no estaba dispuesto a casarse.

LA GRUESA.—¿Y el novio lo sabe?

LA DELGADA.—No sabe nada, Figúrate tú; aun después de lo ocurrido, Aurora no se casará con él sino bajo las amenazas del viejo usurero.

LA GRUESA.—¿Tan feo es el novio?

Yo miro a mi amigo Benedek.

El se muerde los labios y mira atentamente las casas del bulevar Margarita.

LA DELGADA.—Según Aurora, no sólo es feo, sino, que además, tiene la cabeza hueca y es un ente desagradable. Y enfermo. Parece ser que padece una grave enfermedad, pero que él mismo lo ignora, porque la familia y los médicos se lo ocultan.

Yo miro a Benedek a hurtadillas.

El, en su dolor, estruja las flores.

LA GRUESA.—¿Y cómo se llama el joven?

LA DELGADA.—¿Que cómo se llama?... Espera, voy a decírtelo enseguida. He anotado su nombre, pues he prometido tomar informes suyos. (Re-

vuelve su bolso.) Sólo recuerdo que su apellido comienza por B...

El está pálido como un muerto. Su frente, bañada por el sudor. Inclina su cabeza contra el cristal de la vidriera.

LA DELGADA (de pronto).—¡Ya está! Bien segura estaba de que el apellido comenzaba por B. Se llama Pedro Balog, y vive en la calle Mester.

El (lanzando un suspiro de consuelo).—¡Gracias a Dios!

(La gruesa y la delgada no comprenden lo que le ocurre a aquel señor que está sentado junto al cristal. Imre Benedek se levanta, y apenas se despide de mí; su novia vive en la plaza Széna. Al salir del tranvía se enjuga el sudor de la frente. El tranvía da una vuelta, pero sigo viendo un momento a Benedek, que, después del tormento sufrido, camina tranquilo y con ágiles pasos hacia una casa de la plaza. En la puerta se detiene un instante y arregla las estrujadas flores. Veo su rostro, qué a vuelto a irradiar satisfacción. En aquel mismo momento la señora delgada acerca el papel más a sus ojos y dice:)

LA DELGADA.—¿He dicho Pedro Balog?... Es un error... Ese es, seguramente, el nombre del nuevo sastre... Más abajo hay escrito otro nombre... Imre Benedek... Sí, ahora lo recuerdo: el novio de Aurora es un tal Benedek.

## MÁXIMAS

Un hombre de ingenio estaría muchas veces muy aburrido sin la compañía de los tontos.

\*\*\*

Con frecuencia nos ufamamos de no aburrirnos, y somos tan jactanciosos, que no queremos hallarnos en una mala compañía.

\*\*\*

Así como el carácter de los grandes ingenios consiste en hacer comprender muchas cosas con pocas palabras, los pequeños ingenios, al contrario, tienen el don de hablar mucho y de no decir nada.

\*\*\*

Exageramos las buenas cualidades de los otros más bien por la estimación de nuestros propios sentimientos que por la estimación de su mérito. Queremos atraernos alabanzas, cuando parece que las damos.

\*\*\*

Existen personas que nunca se habrían enamorado si nunca hubieran oído hablar del amor.

Una de las cosas que hace que se encuentren tan pocas personas que parezcan razonables y agradables en la conversación, consiste en que apenas hay quien no piense más en lo que quiere decir que en responder precisamente a lo que se dice. Los más hábiles y los más complacientes se contentan con mostrar solamente un aire atento, al mismo tiempo que se advierte en sus ojos y en su espíritu extravío para lo que se dice y precipitación para tornar a lo que ellos quieren decir. Estos no consideran que el buscar con tanto ahínco el modo de agradarse a sí mismos es mal medio para agradar o para persuadir a los demás, y que el escuchar y responder bien es una de la más grandes perfecciones que pueda haber en la conversación.

\*\*\*

Cuando no es la vanidad la que nos hace hablar, todos hablamos muy poco.

\*\*\*

Antes que no hablar, preferimos hablar mal de nosotros mismos.



IMPRESIONES  
DE VIAJE

## DE LA ALEMANIA MEDIOEVAL EL CASTILLO DE HEIDELBERG

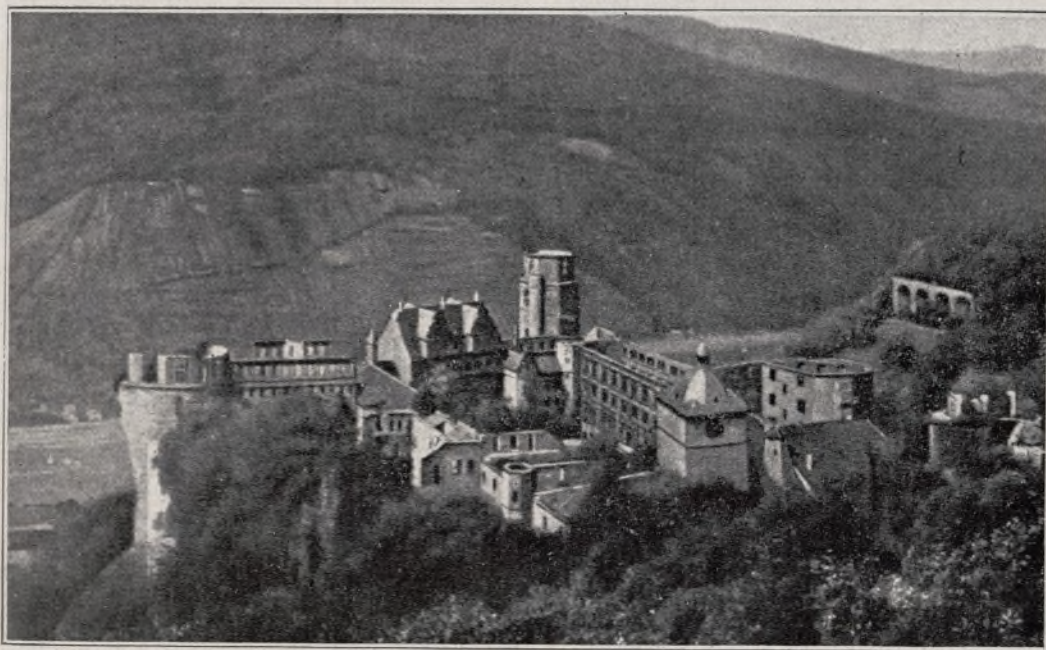
Encapotado está el cielo, gruesos nubarrones amenazan comenzar su obra, la población parece muerta.

La oscura masa del rocoso monte dibuja su severo perfil y en él, el castillo, el soberbio castillo, el nido de las águilas germánicas, el genuino representante del feudalismo, domina la extensa llanura que a sus pies ve y que el lindo Neckar riega, para enriquecer más aquella fértil campiña que fué frecuentemente assolada por el capricho de los castellanos.

Sombrío, todo sombrío. El camino que al casti-

Salvado el segundo baluarte, penetramos en el patio de armas. Hasta este patio está protegido de baluartes. Por lo visto, los señores feudales no se consideraban seguros en un amurallado peñón rodeado de tres fosos, dos puertas y otros tantos puentes levadizos.

La descripción de este patio hay que renunciarla. La rica fachada del castillo, horadado en su base por ancho túnel flanqueado de garitas y que conduce a la terraza de asalto; el palacio, de estilo renacentista, rica talla y armonioso conjunto; la vieja torre romanogótica, maltratada por los



Vista de conjunto del soberbio castillo de Heidelberg. En primer término se ve el baluarte de entrada, tras él el patio; en el fondo, a la izquierda el palacio y a la derecha la torre del Homenaje.

llo conduce es pendiente, flanqueado de fallas a un lado, de altas murallas del otro. Se salvan los fosos, ahora ruinosos y secos, se atraviesa la primera puerta cubierta de hiedra, en cuyo frontón ondean las armas de los señores y a cuyos lados parece que guardan la entrada dos gigantes maceros de piedra.

El inevitable puente levadizo...; la segunda puerta, grueso y cúbico torreón ornado de escudos, rematado de almenas y horadado por troneras desde las que disparaban sus flechas los defensores.

siglos y el gracioso palacete de un gótico que recuerda en sus líneas al muzárabe y en cuyo interior estaba emplazado el harem.

¡Ironías arquitectónicas! Enfrente del harem, estaba la capilla...

Penetramos en el ala vieja, cuya disposición debió imaginar alguna diabólica cabeza. Es un bordado de pasadizos, escalinatas, cuevas y calabozos. ¡Desgraciados los infelices que caían en poder de aquellos bárbaros! La sala de torturas, con las máquinas más diabólicas que imaginara Satán, encogía el ánimo más templado.





En el ángulo poniente del castillo se alza la torre del Homenaje, sobre cuyas almenas ondeaba el pendón de los señores dominando la ciudad

Al final de un complicado pasadizo se abrían los murallones, en los que estaban sujetas largas pértigas de hierro, en el fondo aparecía un profundo foso. El «cicerone» dejó caer estas palabras: «En esas pértigas se colgaban las cabezas de los ejecutados, cuyos cuerpos caían al foso. Cuando éste se llenaba, recurrían a aquel otro que está a la derecha. Y desde aquella torrecilla del palacio, se entretenían los señores en disparar sus ballestas a los buitres que acudían al macabro festín». Dejo sin comentario estas frases.

Retornábamos hacia el nuevo castillo, cuando al atravesar el estrecho y largo puente que le une al viejo, estalló la tormenta. Calándonos el sombrero hasta los ojos, con las solapas del abrigo subidas y sin hacer caso al «cicerone» que nos llamaba presenciamos el imponente espectáculo.

La gris llanura germánica, quedaba velada por la lluvia; la vieja ciudad, a nuestros pies, parecía gemir del trato de los elementos; el Neckar engrosaba su caudal con las lágrimas de la tierra. El monte estaba oculto por la nube y el castillo desafiaba al tiempo, que iracundo lanzaba rayos y truenos para ayudar la obra del agua. Tuvimos que retirarnos, pues de haber permanecido unos minutos más, el huracanado viento nos hubiese volcado al foso.

Penetramos en el Palacio, digno consorte del castillo, germánico y feudal en sus más mínimos detalles; sólido, rico y artístico. Sin embargo no nos causó tanta impresión como el castillo.

La tormenta había cesado y el sol penetrando entre dos nubarrones iluminaba el paisaje. Subimos entonces a la torre del Homenaje; el espectáculo era grandioso. Brillaban los húmedos tejados de la ciudad, en cuyo centro destacaba en oscuro la afilada torre del Templo; brillaba la plateada cinta del río Neckar y a lo lejos divisábase entre brumas la llanura gris. ¡Germania!

Volvimos a recorrer torreones, pasadizos y puentes; penetramos en el Palacio y contemplamos el famoso barril de Heidelberg, donde Heine quería enterrar sus desgraciados amores.

Con profunda pena abandonamos el castillo. En un restaurante cercano escribimos unas postales y consultamos la guía de trenes. En un protegido kiosco, la orquesta de la ciudad daba un concierto.

La hora de partida se acercaba y la estación estaba lejos. Camino de la ciudad volvimos a atravesar el castillo.

La tormenta estallaba de nuevo con inusitada furia. En medio de un espantoso diluvio traspasamos el puente levadizo; los relámpagos se sucedían numerosos, el viento azotaba los rostros y del monte llegaban a nuestros oídos los acordes de la orquesta que interpretaba Parsifal...

Llegamos a la ciudad. El castillo en lo alto, parecía mirarnos con altivez seguro de su fuerza, como quien ha desafiado las inclemencias de los siglos. En la llanura gris se divisaba la estela de vapor que un tren dejaba.

Serios y silenciosos veíamos pasar la llanura germánica. El tren a imponente velocidad nos recogía a Freiburg. Con el ánimo encogido y sin hablar palabra, recorrimos la mayor parte de viaje. ¡El Feudalismo medioeval pesaba sobre nuestras almas!

Friburgo de Brisgovia, 16 de Agosto de 1921.

RICARDO DIAZ SARASOLA





El equipo militar de Lisboa juega un reñido partido de foot-ball con el equipo militar de Madrid

## EL DEPORTE EN EL EJERCITO

En el hermoso campo de foot-ball del Stadium se ha celebrado un interesante partido entre los equipos seleccionados de la guarnición de Lisboa y la de Madrid, para disputarse la copa donada por el Capitán General de la 1.<sup>a</sup> Región.

Este torneo principió el año 1920, en que se jugó el primer partido, en Madrid, ganando los soldados de nuestra guarnición. Suspendido después durante los dos años siguientes por motivo de nuestra campaña en Marruecos, se reanudó en 1923, en Lisboa, y el triunfo correspondió al equipo portugués. Ahora, el 16 de Marzo, se ha resuelto el desempate y ha sido la selección de Madrid quienes han logrado vencer, no sin que los portugueses hayan peleado bravamente oponiendo una defensa admirable. La copa, pues, pertenece ya en propiedad a nuestros foot-balistas.

Esta fiesta deportiva ha constituido un simpático suceso de cordialidad entre ambas naciones, afianzando la buena armonía existente entre los militares portugueses y los españoles.

Con el equipo de foot-ball lusitano ha venido a Madrid una brillante comisión de jefes y oficiales del Ejército portugués, entre los que figuran el Mayor Maia Magalhaes, el teniente Coronel don Antonio Conceiro Albuquerque, el Comandante Sr. Travassos y el teniente Sr. Rebollo D' Almeida, los cuales han tenido cariñosísimas muestras de atención; acogidos con el más vivo aprecio. Más de una semana han permanecido entre nosotros, siendo recibidos por S. M. el Rey y por el el Presidente del Directorio, general Primo de Rivera.

La Comisión militar portuguesa ha sido festejadísima, organizándose en su honor diferentes actos y banquetes. Han visitado Toledo, en donde además de las bellezas artísticas de la imperial ciudad, se les enseñó la Academia de Infantería y los alumnos realizaron diversos ejercicios. También visitaron el Aeródromo de Cuatro Vientos y el campamento de Carabanchel, quedando excelentemente impresionados del estado en que se encuentra nuestra aviación y la organización y grado de instrucción de nuestros soldados.

Esta visita señala una indudable cordialidad y estrecha el afecto que une a ambas naciones. En los banquetes ofrecidos a los jefes portugueses se han hecho los más sinceros votos porque Portugal y España marchen hacia el porvenir unidas

por igual inteligencia de entusiasmo, adquiriendo así, esta oportunidad deportiva, el relieve de un profundo significado diplomático.

También los jugadores portugueses que integran el equipo de foot-ball han sido muy festejados y durante el transcurso del partido, el público los hizo objeto de continuados aplausos de simpatía y de aliento.

El foot-ball, que de manera tan sorprendente se ha aclimatado en España, hasta el punto de convertirse en el espectáculo favorito del público, dejando en sombra las corridas de toros, se practica en los cuarteles contribuyendo de modo efecacísimo a la cultura física del soldado.



Un interesante momento del partido jugado en el Stadium Metropolitano, por los equipos de las selecciones militares Lisboa-Madrid, en el que resultaron vencedores los madrileños por 5 goals a 2





S. A. R. el Infante D. Gonzalo en el momento de hacer el saque al empezar el partido entre los equipos militares de las selecciones Lisboa-Madrid efectuado en el Stadium Metropolitano

El partido fué presidido por la familia real y el Infante Don Gonzalo hizo el saque del balón.

El Stadium presentaba un aspecto soberbio. Todas las localidades completamente llenas, calculándose en unos treinta mil el número de espectadores. El sol contribuyó también al festejo y haciendo gala de buen deportista y de cortesía cumplidísima para con los forasteros, lució espléndidamente, luego de haber estado varios días oculto por los grises telones de la lluvia.

Los equipos estaban constituídos del modo siguiente:

Selección militar de Lisboa. (*Pantalón blanco y blusa de cuadros azules y blancos*) Francisco Vieira, Eduardo Acevedo, Jorge Vieira, Víctor Hugo, Tabares, Augusto Silva, Enrique Portella, Joaquín Almeida, Joao dos Santos, Joaquín dos Santos Almeida, Augusto Luis Gómez y Fernando Antonio.

Selección militar de Madrid. (*Pantalón blanco y jersey morado con escudo de los colores nacionales*) Martínez, Pololo, Quesada, Marín, Cballero, Mejías, Suárez, Triana, Monjardín, Félix Pérez, y Del Campo.

El arbitraje corrió a cargo del presidente del Colegio de Arbitros de la Federación Centro señor Contreras, que estuvo muy acertado en su labor.

Antes de dar comienzo el partido los capitanes

de ambos bandos se abrazaron cordialísimamente, ante la tribuna real, y se cambiaron ramos de flores con cintas de los colores nacionales respectivos.

El triunfo correspondió a nuestros jugadores que se apuntaron cinco goals por dos, que hicieron los portugueses. Durante todo el partido nuestro equipo evidenció una considerable supremacía de juego, haciendo resaltar una técnica depuradísima y un dominio de balón verdaderamente maravilloso.

Los portugueses, por su parte, hicieron un juego correcto, limpio en todo momento y se defendieron muy bien del impetuoso ataque de la línea delantera del equipo madrileño.

Hubo por ambos bandos graciosas jugadas, que el público premió con entusiastas aplausos. El resultado del partido de ningún modo supone derrota para los portugueses, pues hay que tener en cuenta que peleaban con una nación cuyo football está reconocido por todos como de alta categoría y goza en Europa de extraordinario prestigio. No en vano los españoles, en el torneo mundial de la VII Olimpiada se clasificaron en segundo lugar, luego de haber vencido netamente a Dinamarca (el equipo que se consideraba el mejor de la Olimpiada) a Suecia, a Holanda y a Italia. Frente a una nación que tan adelantada se encuentra en este deporte, nada dice el resultado del partido en desmérito de los jugadores lusitanos. Los mismos portugueses, con simpática y caballerosa deportividad, son los primeros en reconocer la maestría de nuestros jugadores y en



Los dos capitanes de las selecciones militares Lisboa-Madrid, al cambiarse los ramos de flores, se abrazan cordialmente en el partido celebrado en el Stadium Metropolitano



cuantos partidos internacionales se han celebrado entre ambas naciones siempre ha presidido el juego la más exquisita corrección y confraternidad. España ha ejercido de madrina deportiva de Portugal, presentando ante el mundo futbolístico a la nación hermana, cuando en 1921 se jugó en Madrid el primer partido internacional que ha jugado el equipo de Portugal.

Entre los seleccionados de Lisboa destacó, la pareja de defensas, Vieira-Acevedo, cuyo juego fué siempre valiente en la entrada y seguro y eficaz en los despejes. También estuvo muy bien el delantero centro Santos Almeida y el extremo izquierda, Fernando Antonio que corrió perfectamente la línea y centró muchos balones templados y con gran precisión.

De los nuestros el mejor de todos fué Félix Pérez, el afamado equipier del «Madrid F. C.», cuyo estilismo maravilloso realizó muchas jugadas. Así mismo la «furia» de Monjardín y el ágil «diblin» de Triana se manifestaron magníficamente.

S. M. el Rey, al terminar el partido, hizo entre-

ga de la copa a Monjardín, capitán del equipo de la selección militar de Madrid y felicitó a todos los demás jugadores de ambos equipos entregándoles medallas conmemorativas.

La recaudación de taquilla se destinó a benefi-



S. M. el Rey, con sus augustos hijos, felicitando a los jugadores madrileños, después del partido entre las selecciones militares Lisboa-Madrid

cio de los Colegios de huérfanos de militares.

Por la noche la Federación Nacional de Football. obsequió a los jugadores con un banquete, reinando entre ambos la más cordial amistad.

## CASOS Y COSAS

Uristénes decía de una mujer que amaba :

—Cuando está vestida es bella ; cuando está desnuda es la misma belleza.

\*\*\*

Cuando Ganganelli fué elegido Papa bajo el nombre de Clemente XIV, hubo quien le dijo que el cardenal de Bernis había recibido con las mayores muestras de placer la noticia de su exaltación.

—Lo creo muy bien—respondió el nuevo Pontífice— ; las metamorfosis han sido siempre del agrado de los poetas.

\*\*\*

El uso de la miel ha provenido de los orientales. De aquellos países pasó en la antigüedad a las demás partes del mundo.

La miel era el néctar de los antiguos.

Virgilio le llama un don celeste, *caeleste donum* ; Pitágoras hacía de ella su alimento ordinario ; De-

mócrito aconsejaba su uso a los que querían vivir largo tiempo. Plinio cuenta que, habiéndose presentado en cierta ocasión a Augusto un viejo octogenario, que, a pesar de sus años, se mantenía todavía en todo el vigor de la edad, le preguntó aquél el régimen que había seguido para mantenerse en tal estado. El viejo respondió :

—He conservado mi cuerpo alimentándole con miel por dentro y untándole con aceite por fuera ; *intus melle, extra oleo*.

\*\*\*

Era tal la idea de su soberanía que tenían siglos atrás los reyes, que el rey don Felipe I mandó cortar la cabeza a un halcón porque había remontado el vuelo rebelándose contra el águila coronada. El rey dijo :

—Nadie debe rebelarse contra su señor.



ALREDEDOR DE LA TUMBA  
DE  
TUTANKAMEN

## LOS TESOROS DEL VALLE DE LOS REYES

Las últimas noticias publicadas sobre esta famosa tumba del rey Tutankamen, alrededor de la cual se ha hecho tanto ruido por hábiles organizadores de la publicidad, han hecho surgir la duda en los sagaces arqueólogos ingleses.

Ciertos egiptólogos de reputación universal afirman que ésta no es la tumba del Faraón.

El hecho de haberse tapiado la entrada a este sepulcro, dejando la exploración para el año próximo, es bastante inquietante y está produciendo grandes comentarios en el mundo entero.

Sin querer hacerlos nosotros, nos limitaremos a informar a nuestros lectores sobre el teatro en que se han desarrollado estos descubrimientos, o país del misterio en donde se encuentra el famoso Valle de los Reyes, donde se reúne una gran parte de la historia del antiguo Egipto.

Toda esta parte del Valle del Nilo presenta el más vivo interés, por admirarse allí, a excepción de las grandes pirámides, los más famosos monumentos del antiguo Egipto.

Será suficiente citar algunos nombres: el de Tebas, que fué durante siglos la capital del reino; el de Karnak, con sus templos gigantescos; el de Louqsor, de donde fué sacado el obelisco que hoy ornamenta la plaza de la Concordia de París.

Se encuentran igualmente en estos parajes los famosos Colosos de Memnon, el Ramesseum y otras ruinas de gran importancia histórica. No lejos se encuentra también la célebre isla de Philae, con sus templos admirables.

En fin, a algunas horas de Louqsor, en la ribera opuesta del Nilo (ribera izquierda) se abre el valle del Este, vestíbulo del Valle de las Tumbas de los Reyes.

Louqsor, que es el gran centro turístico del Alto Egipto, es una villa de 15.000 almas, sin contar los habitantes sedentarios.

Su nombre procede de la corrupción de un término árabe que significa Los Castillos, alusión a los templos gigantescos, en el interior de los cuales permanecía encerrada esta ciudad.

Su origen se pierde en la noche de los tiempos. Pero en el año 3500 antes de Jesucristo, ella se contaba entre las ciudades del Alto Egipto.

Sus habitantes la llamaban Oueset (o Oua-sit). Tomó pronto el nombre de No-Amon, o

villa de Amon, que era la principal divinidad de Egipto.

Su reputación vino a ser mundial; Homero en la Iliada la consagra muchos versos y famosos autores griegos y latinos describieron sus bellezas.

Después de veinticinco siglos de prosperidad, se encaminó poco a poco a su decadencia. Tomada por los Asirios, después por los Etiopios y por los Persas, perdió su poderío, y así la encontró cuando Alejandro el Grande entró en ella.

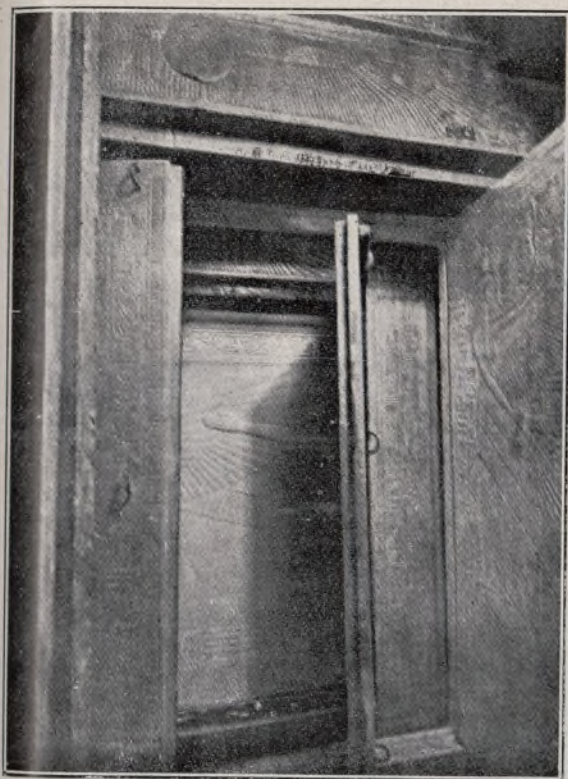
En sus revoluciones contra los Romanos fué destruída casi por completo. Cuando Strabon la visitó en el año 24 antes de Jesucristo, su vasto emplazamiento no era más que unos miserables despojos.

Sin pretender describir las ruinas de la célebre ciudad, sí diremos que el Valle de los Reyes está situado en los alrededores del em-



Las tumbas de los faraones en el Valle de los Reyes, están llenas de bellezas arquitectónicas de las que cada día se pone una al descubierto. El adjunto grabado representa el interior del sepulcro de Seti, recientemente excavado.





La puerta del sepulcro de Tutankamen aparece revestida de oro y en ella se ve la mano simbólica que veda la entrada del recinto sagrado.

plazamiento de las más famosas ciudades del mundo antiguo.

Se explica muy bien las causas de su prosperidad en aquellos tiempos. Tebas estaba situada sobre el Nilo, ese gran «alimentador de pueblos», cuyo limo fertilizador, transportado en las aguas, cubría periódicamente las grandes llanuras que rodeaban la ciudad.

Esta fué una causa de su riqueza. Por otra parte, Tebas dominaba los mares y la navegación entre Etiopía y el Bajo Egipto. Sus reyes percibían un tributo de todas las barcas de comercio que pasaran por ellas.

En fin, Tebas tenía a su disposición las riquezas minerales que ofrecían los macizos de la Cadena líbica, cuyos contrafuertes llegaban hasta el pie de sus murallas.

En este macizo de la Cadena líbica es donde está el Valle de los Reyes, cuya salvaje aridez forma un impresionador contraste con los verdosos campos de caña de azúcar y de algodóneros que cubren, al pie de los montes, la extensa llanura de Tebas.

El paisaje es trágico con sus rocas desnudas y amarillas, entre las cuales es inútil buscar un signo de vegetación.

Es el desierto, con todo su horror. Una tris-

teza indefinible pesa sobre estos lugares, y los viajeros todos, sin excepción, están acordes en decir que su imponente majestad sobrepasa a todo lo que se encuentra en las riberas del Nilo.

Aparte de los campamentos de los arqueólogos, siempre numerosos en el fúnebre valle, no se encuentra allí ningún signo de vida, y sus raros habitantes sedentarios son chacales, águilas, halcones, buhos y serpientes, a cuya vista hay que añadir las ratas que pueblan en gran número las excavaciones talladas en la roca por los antiguos canteros.

Las tumbas reales que encierra el valle están casi todas hechas conforme a un modelo: cada una tiene una suerte de corredores y de cámaras horadadas en la roca.

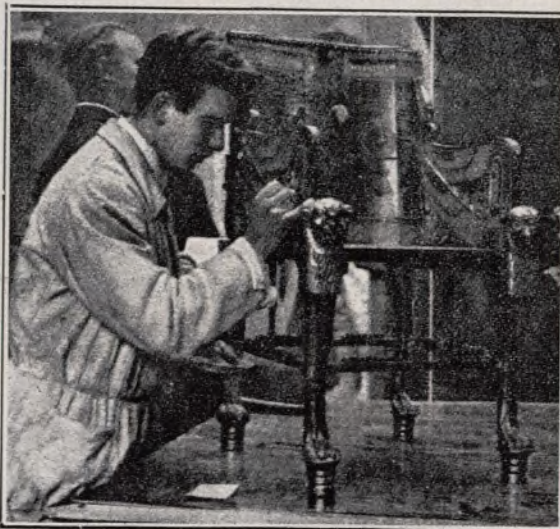
En general, desde la entrada, el visitador se encuentra en un pasillo en el que hay, a uno y otro lado, cámaras destinadas a los sarcófagos de los cortesanos o servidores favoritos.

Después de haber franqueado este corredor, se encuentra otro y después un tercero, en cuyos muros existen nichos, donde se colocaban los instrumentos funerarios.

Al terminar el tercer corredor, se atraviesa un vestíbulo antes de penetrar a la gran sala, cuyo techo está sostenido por pilares. En ésta es donde se encuentra el sarcófago, en granito, de la momia real.

Los muros de estos pasillos y cámaras están ornados con profusión de imágenes y de textos en que se describen el viaje que el alma del difunto debe cumplir, en compañía del dios del Sol, para alcanzar la otra vida.

Descrito el conjunto, daremos algunos cu-



Un artista inglés trabajando en la copia de la silla real de Tutankamen, para presentarla en la exposición de Wembley.



riosos detalles. En el solo grupo de tumbas reales, llamado por los árabes *Biban-el-Moulouk*, no se cuentan menos de sesenta, de las cuales seis están abiertas a los visitantes.

Todas estas cavidades subterráneas, a 20 ó 30 metros en el flanco de la montaña, como es de suponer, están sumergidas (aparte del vestíbulo de entrada), en la obscuridad más completa.

Antes, los visitantes y guías tenían que en-

construcción de una tumba real, con sus cámaras y pasillos horadados en la roca viva.

La sepultura más grande es la de Sethos I, que pasa de los cien metros su profundidad total.

Las esculturas murales que la decoran son las más bellas de cuantas se han descubierto hasta ahora en el valle del Nilo. Su conjunto constituye una exposición muy completa de la mitología egipcia.



Inglaterra antes de quedarse sin los tesoros encontrados por Lord Carnarvon y sus auxiliares, ha encargado a sus más célebres artistas que reproduzcan fielmente los muebles y objetos encontrados en la tumba del Faraón. Nuestra fotografía representa como han quedado las copias de los tesoros preparados para una exposición en Wembley.

trar en estas mansiones provistos de antorchas. Desde hace una docena de años, las siete principales tumbas están alumbradas por electricidad desde las nueve de la mañana a la una.

Una de las más interesantes es la tumba de Ramsés III, una de las más vastas del valle, con sus numerosas cámaras laterales. Las pinturas y las inscripciones que recubren los muros son de belleza suprema.

El sarcófago encontrado en la gran sala está actualmente en el museo del Louvre; la cubierta, en el Museo de Cambridge (Inglaterra) y la momia del monarca, en el del Cairo.

La profundidad total de esta majestuosa tumba es de unos cien metros. Esta cifra da idea de la empresa colosal que suponía la

Ha de hacerse notar que la mayor parte de estas tumbas, muchos siglos antes de recibir la visita de los arqueólogos, recibieron la de los ladrones, que las despojaron de sus objetos preciosos, sobre todo, en el curso de los períodos de anarquía que tuvo el Alto Egipto antes de nuestra era moderna.

La tumba de Tutankamen no constituye una excepción de la regla. También en ella, sin duda en una época muy lejana, los salteadores de tumbas lograron penetrar en la gran sala, por un orificio abierto en la muralla, y se llevaron las alhajas y joyas. Quedaron los muebles y otros objetos que han sido encontrados por lord Carnarvon y sus asistentes, descubridores de esta tumba.



## Los futuros Dirigibles y Acorazados

El contra-almirante Wilian A. Moffet, director de la Aeronáutica Naval de los Estados Unidos, ha señalado recientemente las características que presentarán los futuros dirigibles de la guerra, los cuales podrán ser considerados como verdaderos acorazados del aire.

Estas no son más que anticipaciones, evidentemente, de lo que podrá ser; pero la autoridad y competencia del jefe de la aeronáutica naval americana las da un singular valor.

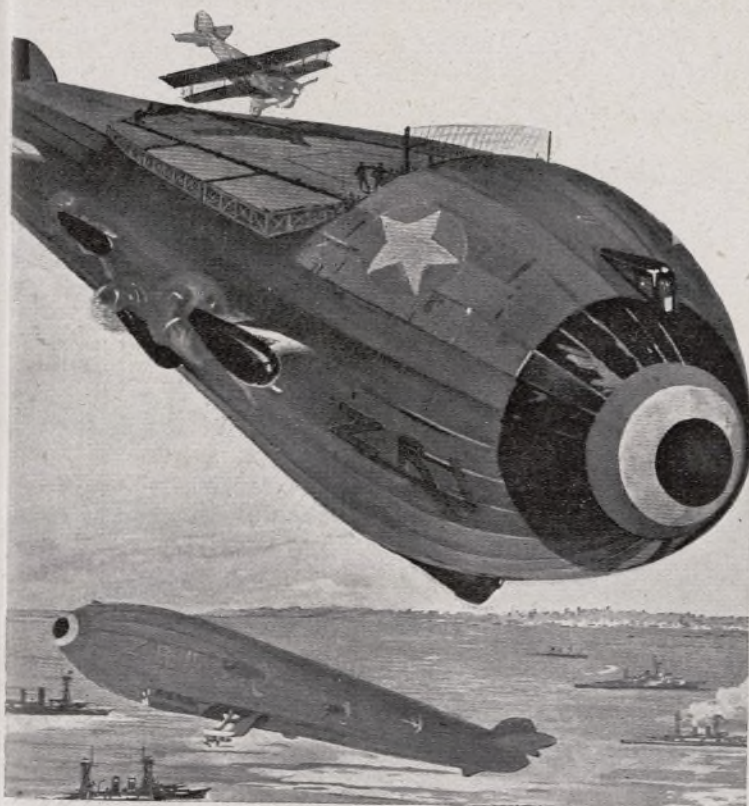
—El futuro dirigible de guerra—declara el contra-almirante Moffett—llevará un armamento que le hará una de las más formidables máquinas de combate que se han concebido hasta ahora. Llevará 60 toneladas de carga útil y combustible para un radio de acción que no sea inferior a la mitad de la vuelta alrededor de la Tierra, quedando todavía 30 toneladas para los aparatos de aterrizaje, de

amarre, cañones, municiones, bombas y los aviones que este Leviathan del aire ha de transportar.

Los mejores tipos de aviones de combate, actualmente en servicio en el ramo militar, pesan menos de una tonelada cada uno; existen también algunos que pesan menos de 500 kilogramos.

No es aventurado predecir que el dirigible del porvenir pueda llevar una docena de aviones, capaces de ir a su vanguardia en su ruta y de defenderle contra los ataques aéreos, y que será provisto, por otro lado, de una batería de cañones que le han de permitir afrontar cualquier ataque, por fuerte que sea, del adversario.

Estará también dotado de una plataforma que permita aterrizar a sus aviones satélites. Esta plataforma será colocada, bien encima del dirigible, o bien debajo, adoptando un



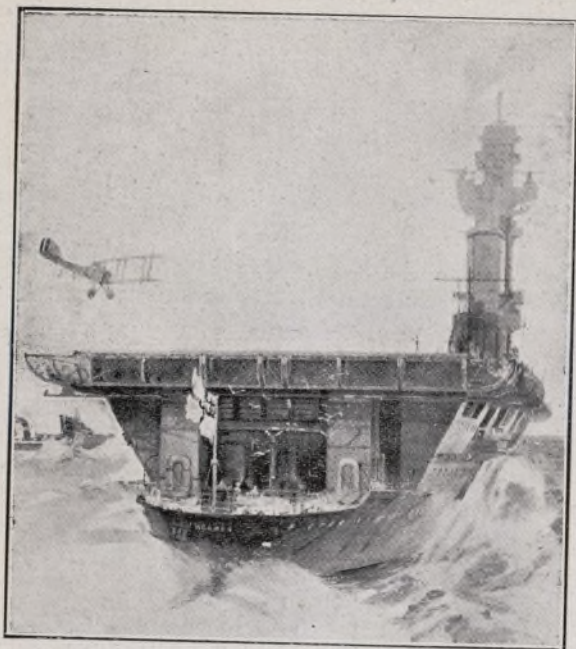
Los dirigibles de las futuras escuadras del aire, estarán dotados de cuantos adelantos pudo concebir Julio Verne.

Llevarán aviones que en un momento dado, desplegarán en vanguardia en su ruta y lo defenderán de posibles ataques: Irán provistos de una batería de cañones en forma tal, que podrán afrontar a cualquier adversario por fuerte que sea.

En su plataforma, sus aviones satélites, podrán aterrizar con toda facilidad. En suma, el futuro dirigible, será una de los más potentes y eficaces armas de combate.

Los Estados Unidos son los iniciadores y alentadores del nuevo acorazado aéreo, del que esperan conseguir un tipo de dirigible que se ajuste a las características del ideado por el Contra-Almirante Wilian A. Moffet.





Los futuros acorazados tendrán una plataforma de aterrizaje, en forma tal, que la comunicación entre la flota del mar y la del aire pueda verificarse sin dificultad alguna para el mejor desarrollo de las operaciones.

tipo especial; serán previstos los garajes necesarios para abrigo de estos aviones. Estos, para tomar el aire, serán simplemente lanzados al vacío, en donde encontrarán pronto su estabilidad, como la encuentra un pájaro que se le deje caer súbitamente después de haber estado encerrado.

Un problema bastante delicado de resolver es el de mantener el centro de gravedad del

dirigible suficientemente bajo para garantizar su estabilidad. Para ello es preciso que las partes altas no estén muy cargadas; para vencer esta dificultad se podría, desde que los aviones satélites hubieran aterrizado en la plataforma, desmontarles rápidamente y hacer descender *fuselage* y alas por un pozo, atravesando el dirigible, a sitios especiales instalados en los fondos. Para tomar aire se dejarían caer por debajo a los aviones, después de haberles montado todos sus componentes. Los aviadores actuales no hallan inconveniente ya en recobrar su equilibrio en cualquier altura y en cualquier posición.

Los Estados Unidos fué una de las primeras naciones que estudiaron la posibilidad de hacer transportar aviones en dirigibles. La experiencia, intentada con un tipo de dirigible cuyo volumen no constituía ni la décima parte del que tienen las unidades que se construyen actualmente en la marina americana, probó que la cosa era perfectamente posible.

Si se tiene en cuenta que los Estados Unidos han construido recientemente un dirigible rígido, que necesitará para hincharle cerca de 57.000 metros cúbicos de gas y llevará una carga útil de 19 toneladas, con exclusión de equipaje y aprovisionamientos, se admitirá que las previsiones del contra-almirante Moffett no son desacertadas y que se podrán verificar en no muy largo plazo.

#### TIPOS Y COSTUMBRES

### UNA BODA HEBREA

Claudio Auet, el célebre novelista francés que ha recorrido Persia en automóvil, nos brinda el siguiente cuadro de costumbres, que por lo interesante y original reproducimos:

Comemos en casa del habitante, persia de ocasión, inglés de la Banca, de la casa de tapices, al uso de la escuela de la Alianza israelita. Esta ha abierto en todas las grandes villas escuelas, cuyos profesores han estudiado en París y donde la enseñanza se da en francés. Millares de adolescentes salen cada año de estas escuelas, llevando algunos grados de civilización a la ignorancia y a la incultura del país. Estas escuelas están tan bien organizadas, que los persas, rompiendo prejuicios tenaces y antiguos, acaban

por enviar a sus niños a estas escuelas israelitas. Así, Francia tiene allí, entre las estrechas calles persas, una clientela escolar. En mi primer viaje a Persia me encontré un día solo en el Bazar de Ispahan, donde se ven muy pocos europeos.

Es un dedalo intrincado de idas y pasadizos cubiertos y oscuros de donde no se sabe cómo salir. Los comerciantes, sentados en el dintel de sus boticas y establecimientos, me miraban con hostilidad casi; los carreteros, los mozos de cuerda y gentes vulgares, cambiaban entre sí, mirándome, palabras que no entendía, pero que debían ser poco amables. Y he aquí que, testigo de mi embarazo, un muchacho como de unos diez años, salido de un grupo de





He aquí la fotografía de los concurrentes a la fiesta de una boda, en la que se practican las antiguas costumbres hebreas.

camaradas, avanzó hacia mí con mucha finura, preguntándome en francés: «¿Qué queréis, señor?»

Sirviéndome de guía, me puso en camino del Consulado de Rusia, donde yo me alojé entonces. Así, gracias a la Alianza israelita, se habla francés hasta el fondo de Persia, y la Alianza trabaja con los misioneros en mantener y desarrollar su influencia en Oriente.

¡Qué rico y curioso estudio el de la comunidades hebreas en Persia! Hay que tener presente que ha sido el país más cerrado a la civilización europea y que se ha mantenido en completo aislamiento, conservando sus creencias y sus costumbres desde millares de años, tal vez desde la cautividad de Babilonia. Se cree que algunos judíos siguieron a su liberador, Cyrus, y se establecieron en su capital, Ecbatane.

Los millares de niños, traviesos y disciplinados a la vez, que alternativamente juegan y trabajan en los bellos jardines y en las salas bien aireadas de la Alianza, son los descendientes de los judíos que lloraron a Sión, bajo los sauces, al borde de las fuentes de Babilonia. Raza antigua y decaída que, desde entonces, ha vivido encerrada en los ghettos o seno de las villas persas, siendo objeto del desprecio general, marcada con signos exteriores para impedirle mezclarse a la población ariana, no haciéndoles más que

la guerra y no dejándoles cultivar el campo; su única ocupación es el comercio sin amplitud, y las prácticas en la sinagoga, guardia feroz de sus tradiciones y de sus usos seculares, ignorante, orgullosa y servil, intrigante por sus mujeres, revendidas y encerradas en los harenes de gentes poderosas y hombres dispuestos a todo negocio. Pocas veces estos judíos llegan a vivir bajo la sombra del poder; ya no se repite la historia de Mardochee cerca de Assuérus y de otros jefes judíos. Esto son raras claridades en la noche que encierra la historia de las tristes comunidades hebreas de Persia.

La Alianza israelita pretende elevar el ánimo abatido de estos seres, después de tan larga miseria. Ella les concede profesores de los dos sexos y dinero bastante, que es útilmente empleado. El jefe de la escuela desempeña el papel de cónsul de la nación cerca de las autoridades persas. Defiende a los judíos y les protege, y hace más: les instruye. Los niños son educados en esta bella escuela, donde yo almuerzo. Hablo con ellos en francés, leo su deberes, asisto a sus juegos.

Un día, el jefe de la escuela me dijo:

—Hay una boda en la comunidad. Quizá os interese asistir. Los padres de los prometidos, que son pobres vendedores ambulantes, me han encargado



invitaros y que serían muy felices si aceptáis la invitación.

Acogimos con agrado el ofrecimiento y fuimos a la ceremonia por la estrechas calles de Hamadan, tan estrechas que no puede circular un coche. Durante el camino, el jefe de la escuela me dió algunos interesantes detalles. Me dijo que los que se iban a casar eran niños.

—¿Niños?—dije yo—. Entonces, ¿por qué casarles?

—Esperad, esperad—me contestó.

Llegamos pronto al barrio judío y penetramos, después de haber seguido un pasadizo estrecho y sombrío, a un vasto patio. Un magnífico espectáculo nos esperaba allí.

El patio o plazoleta estaba rodeado, en tres de sus lados, por casas de ladrillos rosa y cuyos largos huecos, sin ventana, formaban logías; el cuarto lado lo constituía una terraza, sostenida por vigas no muy resistentes. El patio, las logías y la terraza los llenaban una multitud pintoresca. Los hombres, vestidos de negro, como los persas, larga túnica sin cuello y un cinturón sujetándola; en la cabeza la kolak de tela negra, que se lleva, con ligeras variaciones, en todo el imperio persa. Las terrazas están coronadas de mujeres deslumbrantes, con flores de colores los más cálidos, y cuyas vivientes guirnaldas se destacan bajo el cielo de un azul profundo. Están vestidas de muselina y gasas. Los tonos más ricos, el azul, el amarillo, el rojo, el verde, el rosa laca, se asocian allí con sorprendentes armonías, donde centellean el oro y la plata con que van bordados los vestidos. Las mujeres evocan a las antiguas de Judea; y así tenía que ser, pues en Judea estamos. Allí está la Rachel que se atavía delante de su espejo, y Lia, de las bellas manos; Marta y María, Magdalena la pecadora, Judith y Rebeca, todas las hijas de Sión, rostros ovales, de tez mate, narices aguileñas, bellos ojos sombríos bajo sus grandes arcos superciliares, y frentes puras que encuadran con sus clásicas bandas negras. He aquí un cuadro hecho para seducir a Delacroix. Ellas golpean sus manos, la una contra la otra, interrumpiéndose de vez en cuando para mirar a los Farenguis, que somos nosotros, por causarles extrañeza nuestra presencia en el desarrollo de sus tristes costumbres en las noches judías de Hamadan.

—Pero, ¿dónde están los novios?

Se nos lleva adonde están. El prometido tiene once años y tres pies de alto; una larga levita de cuello derecho cae hasta cerca de sus tobillos y una kolah negra cubre su frente muy abombada. Tiene aire de astuto y malicioso. La novia está vestida de indiana, con colores muy vivos. Lleva pantalones a estilo persa, una camisola con capuchón y un gran velo que la cubre; en las muñecas lleva brazaletes de gruesas piedras redondas; en los dedos, originales y raros amuletos. No tiene más que diez años, pero es más alta que su futuro marido.



Los jóvenes esposos después de la ceremonia, acompañados de sus padres.

Dije al director de la escuela israelita:

—Vosotros casáis a los niños como se hace en Europa en las grandes familias, cuando están en juego los intereses del Estado; que después de celebrarse la ceremonia, y cumplidos los ritos religiosos, la casada retorna al convento y el marido al colegio hasta que la edad y las conveniencias les permitan vivir juntos, quererse y reproducirse. ¿Estos niños vuelven cada uno a su casa después de terminada la ceremonia?

—No, no—me respondió él—. No lo hacen así las comunidades judías en Persia. Estos casamientos precoces son uniones verdaderas.

Sonrei con un aire de incredulidad.

Pero mi hombre prosiguió:

—Es uno de los males que más combatimo aquí, sin resultado, como veis. La más sólida de las tradiciones judías es que la familia se perpetúe, y el deber de un padre es de cuidar y conocer a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Así quiere Israel triunfar en el porvenir. Entonces es cuando mueren en paz, asegurado de que han cumplido su destino en la tierra. Por eso, en su impaciencia, no pueden esperar que se casen sus hijos en la edad apropiada, sino que lo hacen al ser todavía adolescentes. De ahí que veáis esta niña y este pilluelo, que son ahora marido y mujer. Un gran número de estas casadas, o mueren en el acto del alumbramiento, o dan al mundo un débil hijo que ellas no pueden criar. Se ven muchas madres jóvenes que tienen en su seno a su hijo y que perece bien pronto por falta de alimentación. Nosotros luchamos lo que podemos para abolir esta detestable costumbre, pero en esto no logramos desterrar la ignorancia de estas poblaciones judías. Como podéis imaginar, la mortalidad infantil es inmensa...



## LA ESTATUA DESCONOCIDA Y LAS RELIQUIAS IGNORADAS DEL "AIGLON"

—¿Recuerdos de Napoleón II? Existen en toda Viena: en las casas, en las iglesias, en los palacios y en los graneros. Su cuerpo, su pobre cuerpo de tísico, está encerrado, en pedazos, en tres sitios diferentes.

Así hablaba una noche el archiduque Rodolfo, dejando caer estas misteriosas palabras, durante una cena, alumbrado por las cien bujías caseras y por los ojos de la princesa S..., que amaba entonces con pasión mística a Napoleón II y anhelaba la herencia de la corona imperial y real.

En esta noche de 1877 no se conversó más sobre el Aiglon. Pero más adelante, el hijo de Francisco José habló de los desvanes del duque de Reichstadt. ¿Conocía él este monumento, o esta mascarilla, descubierta cuando fueron cortadas las alas del águila austriaca?

Las repúblicas han tenido placer siempre en hacer inventario de las monarquías destronadas; la pequeña república austriaca no escapó a esta tradición.

El anciano director del «Mobiliario», M. Strohmayr, después de la marcha del Emperador Carlos, se puso a recoger los objetos olvidados en las habitaciones y salas privadas, en las cuadras, en los subterráneos y, sobre todo, en los graneros. Había de todo un poco: el pañuelo mordido sobre el que había llorado la emperatriz Zita, un zapato de niño, una estatua de María Teresa, dos fotografías, un retrato de Carlos X de Francia y un arnés de gala.

Los objetos preciosos fueron limpiados y colocados en dependencias del Estado, en la Mariahilferstrasse, formando un museo de restos: tapicería del siglo XII encontrada delante del lecho de una marmitona, cajas de guirnalda en el aposento de los palafreneros, algunas obras barrocas, literas de lujo con penachos y mallas de tafete y llaves de oro y de plata, en fin, que han ido ornando poco a poco el museo de artes aplicadas.

Lo más delicado fué el examen de los graneros de Hofburg, que eran, bajo el antiguo régimen, un lugar más secreto que la cámara de la Emperatriz, y tan extensos, que sumaban unos catorce kilómetros de longitud. Por temor a atentados, esta selva de restos u osamentas, esta extensión terrosa, estaba cerrada con fuertes rejas de hierro, cuyas llaves estaban depositadas en casa del mayordomo. Este reino de la noche y del polvo, se abría algunas veces para recibir algún lampadario roto o un canapé solemne. Pero lo que entraba quedaba entregado al combate del tiempo y de las ratas.

Después de la revolución, los chamarileros turbaron los cementerios de cosas muertas de Hofburg, de Schoenbrunn, de Laxenbourg, de Hetzendorf y de

todo en donde la monarquía había vivido y había cesado de reinar.

El cortejo de los burócratas descendió a las cuadras de la Edad Media, abandonadas a las arañas y al silencio, desde el día en que dejaron de ser el refugio del Emperador Federico III y de su esposa Leonor y del último caballero, el pequeño Maximiliano, asediados por los aldeanos de Viena. En el mismo sitio en que le robaron a Maximiliano el pedazo de pan que estaba comiendo, con las lágrimas en los ojos, en este mismo sitio o rincón de leyenda es donde un lacayo de Corte gritó:

—¡Un hombre hay ahí dormido!

Entre esteras, utensilios y cajas estaba acostado un hombre bello, de faz dulce y blanca, con traje blanco también y los ojos cerrados. Era una estatua de yeso de tamaño natural.

El fardo macizo fué llevado a la luz, cargado en un camión, como un cadáver, y colocado en el patio del Depósito de Mobiliario.

Allí fué examinado por el conde Carlos Lanckorowski, último gran maestro de la Corte, quien ordenó que se fotografiara, pues era nada menos que el busto desconocido de Napoleón II. La cabeza era



La auténtica faz de «S'Aiglon». Estatua recientemente descubierta en los graneros o silos del palacio Real de Viena. La cabeza es una mascarilla tomada en el mismo lecho de muerte del Duque de Reichstadt





Retrato del duque de Reichstadt. Tiene sentado en su su rodilla al archiduque que fué más tarde el emperador Francisco José I, muerto en 1916. Al lado, la princesa Carolina de Salerno. Acuarela ejecutada por Ender en 1831, y que pertenece al Museo Albertina de Viena.

una mascarilla de tamaño natural que estaba colocada sobre una obra esculpida; se veía en ella la pintura del yeso, bajo el cuello.

Esta estatua de yeso arroja, a la vez, torbellinos de luz, de sueños y de tristes melancolías. La tristeza infinita del que no quería morir está aquí trazada. El cuerpo se agita y se revuelve sobre la túnica que le envuelve, dada por la archiduquesa Sofía a su «hijo del corazón». Esa camisa de gran cuello que se entreabre sobre el pecho dolorido, es de tela de la India bordada por una mano piadosa. Se puede decir, al mirar este busto, que está viviendo. Parece que su alma se está ofreciendo a los ángeles antes de ser escapada del cuerpo. Al mismo tiempo, parece que se sienten las palpitaciones de los sollozos.

¿Quién ha sido el famoso escultor de esta obra? El misterio de su nombre engrandece la poesía de una obra que es la encarnación de la muerte, y al mismo tiempo, una resurrección.

\*\*\*

¡Esto conduce a aquello! La tumba del duque de Reichstadt no es desconocida; ha sido a menudo descrita, aunque siempre inexactamente. Pero era preciso el hundimiento de un viejo imperio, la huida en la noche de un emperador y de una emperatriz, para

obtener la autorización de fotografiar el cofre de metal donde duerme el hijo del Aguila.

¡La Capilla de los Capuchinos! ¡Los sepulcros de la familia imperial! La luz eléctrica reparte ahora sus rayos y su audaz crudeza sobre los sepulcros, colocados como estaría colocada una familia imperial que diera una audiencia. La cripta nueva, con sus vidriados odiosos, sus losas de mayólica, aparece verdaderamente como una sala mortuoria. Vamos, pues, hasta el sepulcro de metal incierto, de plata, plomo y bronce, donde reposa el impalpable polvo que ha hecho unidad de estilo en los monumentos. Al pie de la tumba del abuelo, cerca del en que reposa su madre, se posa en el suelo el sepulcro con el aire de estar bajo la tutela de lechos protectores.

Tres cabezas de león a cada lado, sosteniendo en sus fauces anillos inmovilizados en la masa; otras tres en los lados de la cubierta, sin anillas, y una palma de bronce en alto relieve son los únicos adornos del féretro, si no tuviera la inscripción.

Se ha dicho que la Corte de Austria había borrado en los actos oficiales el nombre del padre. He aquí, en la tumba misma del hijo, desmentida tal afirmación:

*«Hijo de Napoleón, emperador de los franceses.»*

Pero la inscripción evoca el primer título, el título herético del que murió duque de Reichstadt:

*«Saludado desde su cuna con el nombre de rey de Roma.»*

Estos reyes, estas reinas, roídos por el tiempo, quizá estén en sus sepulturas cargadas de ornamentos. Pero Napoleón II va errante por el mundo y su sombra permanece aún en las Tullerías de París y en el jardín secreto de Schoenbrunn. Y el cofre alargado no encierra por entero su cuerpo, puesto que las entrañas y el corazón están en otra parte.

*«Antes de los funerales—dice el periódico oficial—, los oficiales del príncipe han llevado la urna de plata que contienen las entrañas a los subterráneos de la catedral de Saint-Etienne.»*

*«El mismo día, el corazón, encerrado en una caja granate, ha sido depositado en la iglesia de los Agustinos, cerca del mausoleo de María Cristina.»*

En el Diario de los Capuchinos, con la fecha de 24 de julio de 1832, se leen estas líneas:

*«Llegado a los últimos peldaños de la escalera, el representante del primer gran maestre imperial y real ha hecho abrir el sepulcro, exteriormente adornado de terciopelos e interiormente de moaré blanco. La apertura fué hecha por un delegado de la Cámara, quien mostró el augusto cuerpo al Padre guardián. El sepulcro fué cerrado y una de las llaves fué dada al Padre guardián, otra remitida al Consejero áulico imperial, para que fuera depositada en el Tesoro.»*

La llave dada al Padre guardián todavía se conserva en el Convento de los Capuchinos. No así la llave confiada al Tesoro imperial, que ha desaparecido.

El sepulcro no ha sido abierto más. Los restos em-



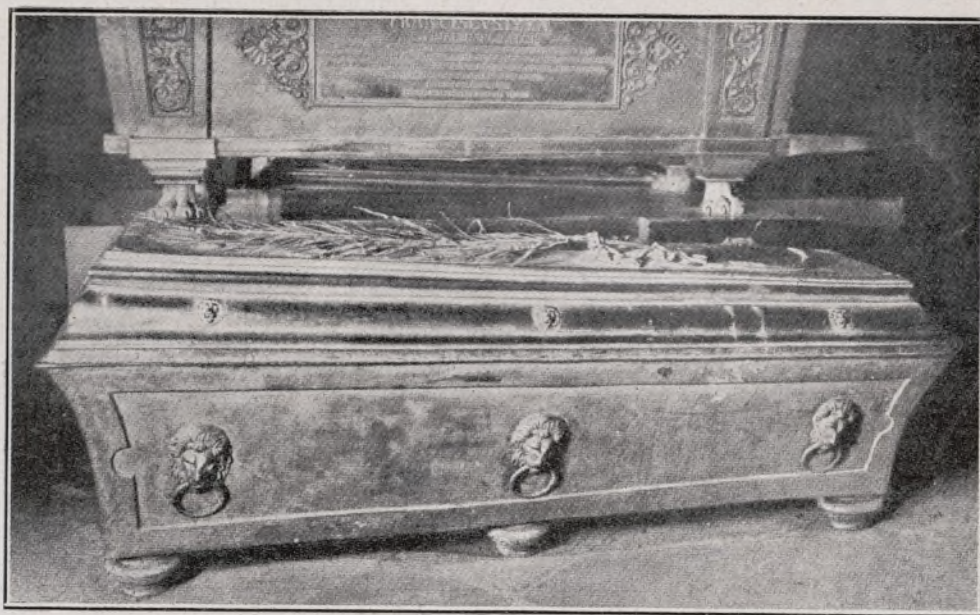
balsamados están cubiertos de hábito blanco con las condecoraciones de Austria y Hungría, con calzón azul bordado en plata y las botas de cabritilla negra, con espuelas de oro. Una pequeña estrella de la Legión de Honor está colocada en el lado derecho del pecho, tal como se la ve en la célebre imagen de Isabey, donde el Rey de Roma, de algunos meses de edad, sonrío en una nube de oro y tiene en sus manos la corona de los reyes lombardos. Está acuarela, que es de Albertina de Vienne, nos conduce a esos sitios de que hablaba el archiduque Ro-

tes regulares, duque serenísimo de Reichstadt, nombre de un castillo real, hoy en Tchechoslovaquia, al que no fué nunca. Por entonces fué reemplazada el águila francesa por un reglamento de armas.

El emperador Francisco dió a su hijo un sello grabado en oro, salpicado de onyx, y que llevaba las nuevas armas con sus accesorios.

Este objeto formaba parte del bagaje de la última emperatriz Elisabeth, y en los hoteles donde se hospedaba lo tenía siempre sobre la mesa de escribir.

Los retratos del duque de Reichstadt son innume-



El féretro del duque de Reichstadt, en la capilla del convento de Capuchinos de Viena.

dolfo, a esas reliquias dispersas en la villa, de donde salen un perfume de divina infancia, y también un penetrante olor a gloria hecha polvo.

\*\*\*

Cuando el emperador de Austria, acompañado de Metternich, fué a Rambouillet a buscar a su hija, María Luisa arrancó al niño de los brazos de madame de Montesquiou y le depositó en los del abuelo. En el mismo instante ella mostró a Metternich una miniatura con el retrato del gran príncipe. Este objeto pertenece ahora a la Casa Metternich.

Los retratos dados por María Luisa al príncipe de Lorraine y el príncipe de Ligne fueron cedidos a la llegada a Schoenbrunn.

—Dad vuestro retrato al mariscal—dijo la madre al hijo cuando recibió la visita del príncipe de Ligne.

—¿Es un mariscal?—preguntó el niño—. ¿Es uno de los que han vendido a mi padre?

Este retrato estaba, en 1914, en casa del príncipe de Salm.

Después de haber sido rey de Roma, Napoleón II, duque de Parma, el niño vino a ser, por cartas-paten-

tables, y muchos fueron populares, como el dibujo grabado que se hizo en aquella época, en el que moviendo una cinta desaparecía el retrato de Napoleón I, dejando el de su hijo con esta leyenda: «La esperanza de Francia.»

El original pertenece a la colección Figlor, de Viena. En esta colección también se encuentra un medallón, único ejemplar en porcelana de Sevres, que viene del conde de Laval-Lugent. Así también—y es la pieza más curiosa—un retrato sobre porcelana de la antigua manufactura vienesa. El dibujo fué hecho por un pintor desconocido en 1832 algunas semanas antes de la muerte del joven duque.

Entre las piezas menos conocidas, se puede citar la acuarela de Hocchle, que está en Viena en la colección Heymann. Ella reproduce la sala de trabajo del príncipe niño.

Entre las pinturas corrientes del príncipe, hay algunas, de fechas diferentes, como un bello dibujo a lápiz, iluminado, de 1826, hecho por Ender.

Más interesante es la acuarela de 1831, que pertenece a Albertina de Viena: el duque, elegante, pero envejecido, tiene sobre sus rodillas al pequeño archi-



duque Francisco José. De pie, cerca del modelo sentado, está la princesa Carolina de Salerno.

Dos reliquias muy célebres se guardan en Viena: la cuna de plata, donada por la Villa de París, y la carroza en miniatura, que, arrastrada por dos cabras, conducía al niño imperial por los jardines de Francia.

La cuna fué enviada desde Parma por María Luisa a su hijo, quien dijo con melancolía: «Nadie vuelve a entrar en su cuna, cuando de ella ha salido. Pero yo quiero guardar este único monumento de mi historia.»

Hacia el fin de 1830 el príncipe tuvo en Viena largas conversaciones con el mariscal Marmont, quien recibió el presente de un retrato pintado a la acuarela por Daflinger, de Viena.

El príncipe, que no poseía nada, tenía la imperial pasión de la generosidad.

Los fútiles y pobres objetos, los mismos botones de sus trajes, los daba al ardiente amigo de su juventud, el conde Mauricio Esterhazy.

Piadosamente se conserva en Viena el reloj de oro que el príncipe regaló a Prokesch. La nieta de este gentilhomme lo guardó con la carta, en que se leen estas líneas: *«La amistad no juzga el valor material de los regalos, sino que el que sabe darle. Aceptad, pues, este reloj; es el primero que yo he llevado. No se ha separado de mí desde hace seis años. ¡Ojalá*

*os marque horas muy afortunadas! ¡Ojalá os indique el verdadero momento de la gloria!»*

El mismo Prokesch recibe, en 1831, un nuevo recuerdo. El duque de Reichstadt ha dado todo. El busca; no encuentra nada. Corta la primera hoja de un libro intitulado: *Santas Harmonías*, de Albachs. Esta página lleva una dedicatoria, hecha a mano por el emperador, que dice: *«no tengo nada absolutamente; por eso os la mando.»*

Muchos han sido los objetos que han sido hallados, pero todos dispersos. Sería preciso hablar de los muebles sobre los que apoyó su cuerpo moribundo y del jardín reservado de Schoenbrunn, donde en un pabellón aislado el enfermo príncipe esperaba la maternal visita de la archiduquesa Sofía.

Sería preciso también dar el inventario de sus libros amados, que recogieron el temblor de sus manos y algunos rasgos de su escritura, así como los cuadernos en que escribía sus deberes y algunas veces sus pensamientos.

Todo esto se conserva en los archivos imperiales. En cada página se evoca al caballero arrancado de su ruta por la muerte. Allí respira la vida que terminó en un musical acorde: *«Voy al otro lugar.»*

Pendientes sobre los cuadernos marchitos, se tiene la impresión de que este pobre humano era un dios palpitante y sublime.



## LOS NIÑOS TRISTES



En las fiestas, en las funciones de tarde de los teatros, en las fiestas familiares a ellos dedicadas, lo he observado con pena una vez más: los niños de ahora son tristes, no saben reír, parece que, como Musset, *han venido muy tarde a un mundo viejo*.

Nada les sorprende, como si todo lo supieran. En el teatro son ellos los que preguntan a los mayores:

—¿Por qué os reís?

Ellos son los primeros que dicen:

—¡Me aburro!

En torno del árbol de Noél se muestran graves y desdenosos, y en los Reyes Magos ya no cree ninguno.

Una mamá se lamentaba de esta disposición de espíritu en los niños.

—Figúrese usted que hoy le digo al pequeño:— Si no eres bueno no te llevo al teatro—; y me dice:—Mejor. ¡Para ver tonterías!

¡Esta seriedad española! Cando aquí decimos de un hombre que no es serio, le hemos imputado el mayor defecto... Y los que por desgracia hemos transmutado los valores, y lo que todos juzgan

serio es lo que más risible nos parece, estamos perdidos.

Yo creo, sin duda alguna, que la mayor superioridad de los anglosajones consiste en saber reír, en el desprecio al ridículo. Yo he visto a señoras inglesas muy metidas en carnes y muy entradas años lanzarse al vals, y hasta el cake-walk, sin la menor idea de que estaban *haciendo el paso*. A personajes de grave significación social ofrecerse espontáneamente a cantar las más extravagantes canciones de negros, y a distinguidos oficiales, de guarnición en Gibraltar, representar una parodia del *Fausto*, interpretando papeles de hombres y mujeres; todo ello en presencia del gobernador de la plaza y ante los soldados de la guarnición francos de servicio. ¡Figurémonos el escándalo que esto hubiera producido en España!

¡Seriedad, seriedad! Es nuestra consigna. En estos días he leído cómo algunos revisteros de toros aconsejan a la empresa de la plaza el contrato de determinados toreros, para dar seriedad al cartel. Y digo yo: —¿Para qué necesitará la seriedad un cartel de toros?

JACINTO BENAVENTE.



# EL MIEDO :-:

POR EDMUNDO HARAUCOURT

—¡No quite la comunicación, señorita; déjenos hablar!... ¿Estás ahí, Antonia?... Habían cortado la comunicación... Sí, yo, Carlos: ¿no reconoces ya la voz de tu Carlos? Es que hay mucho ruido en la línea... ¡Oh, no, querida; fué una noche de prueba! Por eso te telefoneo tan temprano; tenía miedo de que hubieras salido ya... Oye, gatita: necesito imprescindiblemente cinco luises. Un préstamo, ¿comprendes?... Te los devolveré, te lo juro... ¿Qué dices? ¿Qué dices? ¿Que si «todavía más»? Esas palabras son muy feas; indignas de ti... Pero te las perdono por hoy... ¿Si? Pues me dejas a *dos velas*. Ni una *beata* para el almuerzo. Ya sabes que anoche, en Enghien, tenía el santo de cara: ¿te acuerdas? Pues bien, en cuanto te marchaste, me vino la mala racha. Empecé a perder y me quedé hasta sin pestañas... Sí, sí; necesito los cinco luises... ¡Que se vaya al cuerno tu zapatero!... ¡Por Dios, señorita, no corte, que estamos hablando! ¡Oiga!... ¡Que pelma!... ¡Señorita, que estoy al habla con otro número, que oigo a abonados cuya conversación no me interesa!...

De pronto se calló, con las cejas fruncidas, en un esfuerzo de atención. Entre las palabras del diálogo sorprendido, una le había chocado, un nombre mágico: ¡Martinet, el gran joyero!

Mudo, inmóvil, sin pensar ya en Antonia ni en los cinco luises, escuchaba las palabras que llegaban a él, lejanas y como filtradas a través de algodones: una voz de hombre respondía.

—¿Es el mismo señor Martinet?

—En persona, señora. ¿A quién tengo el honor de hablar?

—A la señora... everdi.

—¡Ah, perfectamente, señora! Le presento mis respetos. Perdóneme por haberla hecho esperar. ¿En qué puedo servirla?

—Señor Martinet, mi marido y yo salimos de viaje y he pensado preguntarle si le será posible tener en depósito mis collares de perlas... y algunas joyas, durante las vacaciones.

—Nada más fácil, señora; muchos clientes hacen lo mismo. No tiene usted más que reunirlo todo en un cofrecito y traérmelo cuando pase por ésta su casa.

—El caso es que marchamos esta tarde; se me ocurrió de pronto la idea de dirigirme a usted y no dispongo de un minuto...

—Eso no es obstáculo, señora; enviaré a su domicilio una persona de confianza, pero yo no...

Oyóse un ruido en la línea y después se hizo el silencio. Carlos, solo y anhelante, con el auricular en la oreja y la mirada fija en un ángulo de la mesa, esperaba por si volvían a oírse las voces.

—¡Un golpe! ¡Se me presenta un buen golpe! ¡Esto marcha!

El corazón se le subía a la garganta; lentamente, sin abandonar el aparato, alargó la mano derecha al listín de abonados.

—Martinet, calle Real: hay un solo Martinet, el joyero. Esto coincide... Pero ¿y la dama? ¿Su nombre? ¿Su dirección? ¿Leverdi? ¿Laverdi? ¿Raverdi? ¿Con L, con R, con T? Quizá sea de Verdi, con la partícula, y figure en la N, en la V..., de Nardi, de Verdi... ¡Hum! Esto será largo. Acabemos. No puedo perder ni un cuarto de hora: es preciso llegar antes que la «persona de confianza». La persona de confianza soy yo. «Mis collares de perlas», ha dicho la dama. Debe de ser todo un señor lote. La verdad es que renegamos del servicio de teléfonos sin razón: a veces tiene cosas buenas.

Habían pasado algunos minutos: no quedaba esperanza de que la conversación se reanudara. Carlos Minouche, conocido por los alias de *Pillastre* y *Bachiller*, colgó el receptor y, cogiendo el listín con





ambas manos, hojeó sus páginas con dedos rápidos y temblorosos, al azar de las hipótesis que le sugería la similitud de las sílabas.

—Estoy perdiendo el tiempo. Ya se me ocurrirá vistiéndome. Seamos correctos. ¿Empleado de un joyero? Apariencia sencilla, un poco severa; nada de colores chillones; corbata discreta, sombrero de fieltro negro, chaqué, nada de joyas... Sí, una alianza: esto hace bien, en conjunto *hace* serio, hace hombre de confianza. Me afeité ayer, ya basta... Pero ¡el nombre, demontres, el apellido!

Salpicaba de apellidos la palangana. De pronto se sobresaltó.

—¡Rovardy! ¡El gran licorista, el del aperitivo Rovardy! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? ¡Camarero, un Rovardy! Esas gentes tienen bien cubierto el riñón y no es extraño que puedan darse el gusto de poseer montones de perlas. De seguro que es Rovardy.

Con el rostro todavía mojado, corrió a donde estaba el listín; el apellido Rovardy figuraba tres veces.

—Rovardy (señora viuda de León). ¡Esta no! La dama ha dicho «mi marido». Rovardy, Alberto, señor y señora, villa Portulan, Avenida Henri-Martín... Rovardy, Gustavo, señor y señora, neé de Saizaine, Boulevard Malesherbes... ¿Hermanos, primos, asociados? ¿Cuál de los dos es el bueno? El que marcha de viaje esta noche. Ya lo sabré por el portero. Primero a Malesherbes. Pero ¿tengo para tomar un taxi? Sesenta, setenta... Ya puedo quemar gasolina.

Mientras acababa su tocado, estudiaba en el espejo una expresión de rostro y de mirada, honrada, tranquila, burguesa.

—¿Una persona de confianza? ¡Tendría gracia que no la inspirase! Me falta alguna cosa o más bien me sobra: tal vez no tengo el aspecto lo bastante borroso.

Un último retoque cuidadoso le deja satisfecho del conjunto; desliza un revólver en el bolsillo del pantalón, lado derecho, un fino estilete en el del chaqué, lado izquierdo; elige un bastón; pero decide no llevarlo; se asegura el sombrero, se lo quita para saludar cortésmente, humildemente, como si estuviese delante de una cliente muy rica, y sale.

Diez minutos después, un auto le dejaba en el Boulevard Malesherbes.

—¡Hermosa casa! ¡Gentes acomodadas! Tal vez será aquí. ¿Don Gustavo Rovardy?

—No hay nadie. Salieron de viaje la semana pasada.

Con el corazón radiante de alegría, tomó un aspecto desolado; balbuceó rápidas palabras de agradecimiento al portero que le reducía el camino de las hipótesis y subió de nuevo al auto.

—Avenida Henri-Martín.

El coche se detuvo frente a un hotel suntuoso; muchas ventanas estaban abiertas. Un portero con botones de oro atravesaba el jardín.

—¡La suerte loca!... Perdón, señor... ¿La señora Rovardy?

—La señora no está visible.

—Lo supongo, pues la señora debe partir esta noche ¿no es verdad?

El portero con ojo desconfiado examinó a su interlocutor y no respondió.

—La señora Rovardy ha telefoneado hará unos tres cuartos de hora, anunciando que saldrá de viaje esta noche.

—¿Telefoneado?... ¿A usted?

—No a mí, precisamente: al señor Martinet, mi principal, quien me envía como la señora lo ha pedido.

—Voy a ver. Entre usted.

Carlos siguió al portero a su habitación, y mientras iba andando inspeccionaba las ventanas por hábito profesional y las puertas para el caso de una salida precipitada. Vió con interés al hombre de los botones de oro inclinarse hacia un teléfono de servicio interior.

—Oiga, Bautista... Pregunte a la señora si ha telefoneado a casa del señor Martinet y anuncie que hay aquí una persona que viene de parte del joyero.

Aun cuando el portero estaba de espaldas a él, Minouche cuidaba su expresión de indiferencia y pensaba: «Mi suerte se decide. ¿Habrá telefoneado o no? ¿Estará sola? ¡Con tal de que no esté el marido! A los hombres les domino mal; pero las mujeres caen en seguida».

Por bravata y para ensayar su voz de confianza, se atrevió a decir:

—Si molesto a la señora, podría volver.

—¡Oiga!... Sí... Bien.

El portero, con gesto digno y lento, colgó el receptor. Carlos, impaciente, acechaba su destino contemplando fijo la cara afeitada del portero.

—La señora le ruega que suba.

«¡Luego está! ¡Ahora calma, presencia de espíritu y he ganado!»

Subiendo los peldaños de la amplia escalera, simulaba buscar el pañuelo en el bolsillo del chaqué y acaricia la culata del revólver. La muelle alfombra y las paredes recubiertas de tapices denunciaban un lujo que prometía excelente botín.

«¡La de perlas que debe haber aquí!»

En el rellano del primer piso un ayuda de cámara le recibió y sin decir palabra giró en redondo y se puso a caminar delante de él. El criado abrió una puerta, y Carlos, desde el umbral columbró a la señora, joven todavía, una bella mujer orgullosa, en traje de mañana. De pie, al lado de su señora, la doncella desconsolada encaje; pero a la aparición del visitante, la camarera se dirigió hacia la puerta lateral.

—Elisa, espere en el ropero.

La puertecita de escape quedó cerrada al desaparecer Elisa, y Minouche, al mismo tiempo, notó que la otra puerta se cerraba también. Estaba solo con



su presa. Pensó: «¡Qué imbéciles son los ricos!» y saludó respetuosamente.

—¿Viene de parte del señor Martinet?

—Del mismo, sí, señora...

—Como me ha anunciado que vendría usted a primera hora de la tarde...

—Es que... Le diré... Yo estaba en la calle precisamente para recibir los diamantes de una cliente, de otra cliente que sale de viaje también. He regresado más pronto de lo que se esperaba. Entonces el señor Martinet me ha dicho: «Tome un auto y vaya en seguida a casa de la señora Rovardy, Avenida Henri-Martín; le entregará sus collares de perlas... y algunas joyas; ha telefonado que se marcha esta noche. Despache pronto». Y yo he venido lo más deprisa que he podido.

Terminó con una sonrisa. Después de las vacilaciones del principio, se había expresado con volubilidad, seguro de sí mismo, y por hacerse más persuasivo todavía, acariciaba a la dama con una lenta mirada que tenía por irresistible. La señora Rovardy se mostró más sorprendida que turbada: este homenaje de un dependiente a su belleza principesca no le causaba ninguna impresión; pero la galantería, por incorrecta que le pareciese, no había dejado de despertar los pudores de la mujer y, para mostrarse firme y cortar por lo sano, dijo secamente:

—He aquí el cofre.

Minouche lo vió; estaba sobre el mármol de una cómoda Luis XV y era una cajita de acero revestida de cuero con incrustaciones de oro, bastante voluminosa. Se acercó con paso demasiado vivo, pero la dama no prestó atención, ocupada como estaba en dar vuelta a la llave en la cerradura. No obstante, sintió detrás de su nuca un aliento indeciblemente próximo, y con brusco movimiento se volvió en el instante preciso en que el bandido se preguntaba si no era conveniente coger aquel cuello blanco y apretarlo para acabar más pronto y sin ruido. Por dignidad más que por temor la señora Rovardy hizo un signo con la cabeza que invitaba a aumentar las distancias y el guapo Carlos retrocedió a pesar suyo, pero solamente un paso. El cambio de sitio de la joven había dejado al descubierto la cajita abierta: sobre un fondo de terciopelo verde pálido, tres hileras de perlas mostraban sus curvas desiguales: gordas, casi como avellanas, eran treinta, cuarenta, cincuenta en cada hilera y cada una valía diez o veinte mil francos; ¡un tesoro, una fortuna, el millón, la vida!

«Las tengo: son ya mías y no las soltaré, aunque tenga que habérmelas con todos sus criados».

Alargó la mano, olvidando su papel; tendió el morro como gato que olfatea, con los ojos encendidos de codicia, y durante dos segundos quedó en acecho; pero su admiración esta vez conquistó a la dama, quien se dignó sonreír complacida. Sólo entonces recordó Minouche su papel.



—¡Excúseme! Esto es un placer para los ojos, cuando uno es del oficio y sabe apreciar el valor de la mercancía. No tenemos nada mejor en almacén. Ahora ya he visto, y si la señora quiere cerrar el cofrecillo para guardar la llave... Pero creo que quiere meter algo más todavía... Cuando se sale de viaje vale más tomar precauciones. La señora hace bien en desembarazarse de todo esto; estará más tranquila durante su veraneo.

—¿Le ha dado el señor Martinet el recibo?

—¿Un recibo?... No... No ha pensado en ello.

—Sin embargo...

—Hay que dispensarlo. Mi principal ha creído que la señora tendría confianza... O tal vez tiene la idea de enviarlo por correo cuando haya visto... como no sabía lo que la señora quería poner en depósito...

—¡Qué niñería! El señor Martinet conoce mis collares tan bien como yo misma, puesto que los tres han salido de su casa.

—Pero si la señora tiene a bien acordarse, la señora ha dicho por teléfono: «mis collares y algunas joyas»: ¿recuerda la señora? Mi principal no podía adivinar lo que la señora añadiría. Al salir me ha dicho: «Usted mismo hará el recibo o yo lo enviaré». Me lo ha gritado desde la puerta, cuando yo subía al auto.

—Acaba usted de decirme que no había pensado en ello.



—Sí... Es decir... No ha pensado que la señora se enojase.

—Habría podido darle un recibo en blanco firmado por él, que usted hubiera llenado con la enumeración de las joyas.

—Es precisamente lo que digo, señora, que no ha pensado. ¿Comprende la señora?

—Que esto no sea obstáculo y que no la preocupe. Yo firmaré el recibo por el señor Martinet; un recibo provisional, que tendrá usted hasta que reciba el suyo. Estoy acostumbrado; firmo siempre estos recibos. Esta mañana lo he hecho también al recibir los diamantes de otra persona.

Se calló desconcertado por sus propias frases, que caían en el vacío. De pronto, ella le examinó atentamente:

—No le he visto a usted nunca en casa del señor Martinet.

—Es que la señora no se ha fijado en mí..., y, además, que yo salgo frecuentemente para hacer entregas de compras. Cuando en una casa, y especialmente en una joyería, hay un empleado de confianza, el dueño le da a cada momento un encargo delicado; ya ve usted: hoy mismo, esta mañana, una comisión delicada; ahora, ésta... Así que casi nunca estoy en la tienda.

—¿Al menos—dijo la dama—, traerá usted papel con el sello de la casa?

Hizo esta pregunta segura de que la contestación sería negativa. Pero Carlos no negó ni afirmó nada.

—Creo que sí—dijo—; casi seguro; siempre llevo papel con el timbre del establecimiento.

Al sacar la cartera, para simular que buscaba el papel, palpó el agudo puñal y se dijo mentalmente: «Si toma el asunto mal camino...»

La señora advirtió que en un ángulo de la elegante cartera había una corona condal sobre una cifra enlazada, y ya no dudó de que tenía delante un aventurero.

—Si la señora lo exige, emplearemos el papel de la casa, por más que el señor Martinet lo tiene formalmente prohibido, a causa de los disgustos, enredos y hasta procesos que esto le ha ocasionado... La ley tiene dispuesto que los recibos se hagan en papel de oficio cuando la cantidad excede de mil quinientos francos. Yo no tengo papel de oficio.

La dama pensó que estas palabras le daban el pretexto que andaba buscando para ponerse a salvo.

—Seguramente mi marido tiene—dijo, y se dirigió a una de las puertas laterales.

Carlos le cerró el paso, dejando ya los fingimientos.

La atemorizada señora sintió en su rostro el aliento de aquel hombre, vió sus dientes apretados y amenazadores, recibió en sus ojos la dura mirada de los ojos redondos y saltones del ladrón. Súbitamente se llenó su espíritu de la idea de la muerte.

Como quien musita una oración, dijo indicando las joyas:

—Tómelas.

Y como si instintivamente quisiera retardar unos instantes la muerte, retrocedió lentamente uno o dos pasos, con los brazos lánguidos, y falta de fuerzas para intentar la defensa.

Cuando ya no pudo retroceder más, porque su cuerpo desfallecido se apoyó en una mesa tocador, que era un obstáculo, volvió a barbotar:

—No me mate, tómelas.

Maquinalmente sus dedos buscaban sin saber qué; derribando figulinas y removiendo las piezas del tocador (frascos, pinzas, tijeras), dieron, por fin, sus manos con la pera de un timbre eléctrico.

Ya el bandido iba a ponerle un pañuelo sobre la boca, cuando se abrió la puerta lateral, que cubría un cortinaje. Entró la camarera.

—¡Elisa!... ¡Elisa!...

La señora Rovardy no fué en busca de la camarera que tan a tiempo llegaba; permaneció inmóvil y temblorosa.

—Elisa..., da a este señor papel, pluma y tinta..., para... escribir un recibo... En mi escritorio...

El brazo izquierdo de la atemorizada mujer se agitaba incesantemente.

—¡Uno, dos, tres, cuatro!... Tome el cofre y eche la llave usted mismo... ¡Uno, dos, tres, cuatro, cinco!...

Cuando Carlos se acercaba al cofrecillo, mirando con desconfianza hacia la puerta, entró un criado, llamado por un doble toque del timbre eléctrico.

—¡Bautista, ayuda a este señor a empaquetar el cofre... ¡No, no! No salga usted; tome un periódico de la mesa.

El apache llevó la mano al bolsillo donde guardaba el revólver.

—¡Quieta la mano!—gritó la dama—. Le he dicho que empaquete el cofrecito... ¡Cuatro, cinco, seis!

Se presentó el portero de los botones de oro.

—¿Me ha llamado la señora? He oído tres toques de timbre.

En seguida entró el *chauffeur*.

—¿Qué desea la señora?

Presentóse después el cochero, y un momento después el propio señor Rovardy.

El timbre seguía su tintineo, y el bandido, cercado por tantos hombres, comprendió que estaba perdido. Dió un paso para acercarse a la puerta.

—¿Quién es este señor?... ¡Deja ese timbre, por Dios!... ¿Qué deseaba usted, caballero?

—Déjale, te lo ruego... No te metas en este asunto. Antonio, acompaña usted a este señor.

—Todavía—dijo Bautista—no he empaquetado el cofre. Si este caballero quiere esperar un momento...

Pero Carlos no quería esperar; salió seguido del portero de áureos botones, y la señora Rovardy, cayendo al pie del tocador, y soltando, por fin, el botón del timbre eléctrico, se desvaneció dulcemente.



# EL VELLOCINO DE PLATA

NOVELA POR FRANCISCO CAMBA

(CONTINUACION)

pués, con voz trémula, comenzó a explicar, a pedirle perdón. No podía figurarse ella lo suyas que hizo sus angustias, lo que sufrió al buscarla, qué terribles remordimientos le atarazaban constantemente el corazón. Pero, en fin, ella comprendería que se había excedido en el enojo, le perdonaría y no volvería a dudar de cuánto la amaba. Calló, con miedo a las quejas, a los reproches. Ella no le reprochó nada, sin embargo; no se quejó de cosa alguna. Dió al cigarrillo una chupada lenta y dijo sencilla y fría-mente:

—No hablemos de eso más. Ya casi ni me acuerdo...

Aturdido, Daniel volvió a callar, mirándola, más preso todavía en el gesto displicente y la lánguida actitud. Deseó con vehemencia sus besos, sus caricias, y de pronto, sintiéndola alejada de él, muerta acaso para su cariño, le afeó rudamente aquel rencor tan prolongado. Le aconsejó con voz ronca que sofocase el orgullo y que le oyese. El la amaba, la había amado siempre... Y como ella se encogiese de hombros, palideció más, añadió que se fijase que estaba perdida por su culpa, todo el mundo lo sabía, y no era posible que se resignase a seguir de aquel modo.

Sólo entonces los ojos de la muchacha tuvieron un vivo refulgir y sus palabras la vehemencia de otros días. Incorporándose, soberbia y magnífica, en el diván, gritó muy alto:

—El mundo sabe una majadería. No estoy perdida ni mucho menos, y si lo estuviese lo estaría por mí, por mí tan sólo...

Acabó de levantarse ante él, espléndida, bella como nunca, dominándolo.

—¿Qué te creés? ¿Que lo pasado basta para unir-me a vos por toda la vida? No me tengo en tan poco. He estado loca, soñaba con no sé qué cuando apareciste en mi camino, y vos te aprovechaste de mi sueño. He ahí todo. Te creí una persona necesitada, ansiosa de cariño, y quise hacerte feliz sin reparar en medios. Pero no importa ya. Vos mismo me despertaste. Vos me has hecho ver toda la gravedad de mi locura, devolviéndome a mi vida. Dejá-me. No volváis a importunarme nunca.

Algo extraño pasó por los ojos de Daniel al darse otra vez cuenta de que la perdía para siempre, y una sonrisa vaga y de triunfo erró por los labios de Estela. Le veía temeroso, pendiente de sus palabras. Tuvo clara noción del efecto que le producía, del origen de aquella emoción intensa, y comprendió que la venganza, deseada una noche, tal vez comenzaba.

Balbuocéó él todavía unas excusas, unas protestas. Entonces se sentó Estela como descontenta de aquella conversación que la aburría, de aquella presencia que la enojaba, y mientras tornaba a abrir el libro, con la otra mano, tan bella y tan blanca, cruelmente extendida, señaló la puerta.

—Y no creás que te guardo rencor, che. Todo lo contrario. Supiste curarme todavía a tiempo y te doy las gracias muy de verdad.

XVI

Pronto llegó al hotel el rumor de que Iturbe disponía su viaje a Europa, y el rumor impresionó. ¡Pobre! ¡Después de tantas luchas! ¡Después de una vida como la de aquel hombre! Al terminarse la cena y salir a la calle, Farfán de los Godos, sabiendo que





Iturbe llevaba a la hija, se quedó aparte con Daniel.

—¿Y tú la dejas ir?

—¡Qué remedio, si ya no me quiere!

—¡Que no te quiere!

—No. Nada al menos quiere conmigo. Dice que se engañó, que aquello fué una locura, un mal sueño, del cual no desea recordar nada...

Sólo entonces pareció comprender Farfán la actitud de Daniel, su tardanza en preparar el matrimonio, cosas hasta entonces enteramente fuera del alcance de su lógica, y en el alborozo que le invadía acabó por abrazarlo cariñoso y compasivamente.

—¡Bien te desengañé cuando llegaste! ¡Bien te dije que huyeras de esa mujer!

Durante una temporada volvió a su radiante alegría de otras épocas. Lleno otra vez de optimismo, comenzó a insinuar que él también se marchaba; ya encontraría el dinero... Pero no se marchó nadie. Villasuso, por aquellos días, anduvo pensando afanosamente en cómo haría para salvar a Iturbe, a quien, desde que conoció su idea de fundar un pueblo, admiraba de un modo entusiasta. Era horrible, según él, haber pasado tanto tiempo en un país extraño y duro, luchando terriblemente para conseguir la fortuna, y, al fin, marchar a la patria casi tan pobre como había venido. No podía ser... Había que evitar tal desgracia.

—¡Oh! ¡Yo! ¿de encontrar alguna idea que le sirva!

La idea se le ocurrió cierta noche de insomnio, de una manera brusca, casi milagrosa. Y al instante saltó del lecho y poco después iba alegre por las calles, satisfechísimo, iluminado por los resplandores de la gran obra que se proponía realizar. Llegó a la casa soberbia donde aun Iturbe vivía. Llamó, alborotó.

—Necesito ver al señor en el acto...

Iturbe se sorprendió de aquella visita tan rara.

—¡Usted, joven!

—Yo, sí señor. Yo, que vengo a salvarle.

—¡A salvarme!

—Sí, señor; a darle una idea. En su pueblo hay un río, ¿no? Pues esta tarde he visto en el mercado dos jacarés vivos, macho y hembra. Cómprelos, y tan pronto llegue, méталos en una represa cerrada, y nada más. Déjelos que se junten y que se multipliquen. Con las pieles hace usted petacas...

Y le echaba la cuenta: en tantos años, tantas pieles, tantas petacas, tantos millones de pesetas... Iturbe creyó que trataba de burlarse de él. Se levantó violento, como dispuesto a agredirle. Pero el muchacho de tal modo le hablaba, con tal fe en su idea, que hubo de rendirse a la sinceridad de sus buenos sentimientos. Y aquello realizó el milagro que nada hasta entonces había podido hacer. Aquella lástima tan visible, tan patente, revolió en su espíritu los carbones casi apagados de la vieja acometividad, y al poco tiempo otra vez se hablaba afectuosamente del pueblo de Iturbe y del genio emprendedor de Itur-

be. Había vuelto algo de calma al país; la crisis no era tan grave como se creyó hasta entonces, y otra vez se realizaban negocios. Nada, pues, tan estúpido como marcharse en tales circunstancias.

Farfán, al saber esto, anunció que también se quedaba.

—Yo no soy un estúpido.

Pero nuevas noticias que llegaron al hotel enturbiaron, con un velo triste, su alegría. Estela tornaba a su vida de otro tiempo. Iba a las carreras, jugaba, se rodeaba de amigos, tenía *flirts* que no duraban siquiera lo que duran frescas las rosas. Aguiar estaba siempre silencioso, descontento, como con una nueva y cruel nostalgia en el corazón. Farfán ahora le buscaba mucho, y entre aquellos dos hombres volvía a reinar la cordialidad que un mal viento pareció llevarse un día. Para Farfán era un gran consuelo hablar con Daniel. No olvidaba que, a pesar de todo, la había amado, que la muchacha le amó apasionadamente, y veía en aquel hombre algo de ella. Y a todas horas insistía en una idea que parecía consolarlo:

—Ya te lo decía yo. No tiene corazón, no tiene entrañas. No sabe más que hacer la desgracia de cuantos se le acercan.

Había vuelto a encenderse la alegría en el corazón de Farfán, y durante algún tiempo el comedor del *Piornelo Hotel* tuvo el bullicio de antaño. Fué entonces cuando se supo que acababa de fallecer, en el pueblo de Aguiar, el loro de la botica. Según cartas por Daniel recibidas, el pueblo le enterró con tan solemnes funerales, que el alcalde suspiraba viendo pasar el entierro: «¡No harán esto cuando yo me muera, no!...» A Farfán le gustó el dicho del alcalde, le encantó la actitud del pueblo, y, entusiasmado, organizó inmediatamente una velada necrológica, que iba a celebrarse en la Sociedad Hijos de Piornelo, con un discurso suyo y una elegía del poeta de la casa y el busto del loro presidiendo, sobre un pedestal enlutado. Daniel había conseguido por medio de Madariaga que Portela y Portuondo pronunciase otro discurso, y a tales noticias, ya en vísperas de la fiesta, se unió la de un nuevo aliciente. El ilustre poeta peruano Sánchez Ocaña, huésped del país por aquellos días y que conocía Galicia y la estimaba, iba a recitar una poesía de recuerdos.

Merced a todo esto, la noche de la velada el salón de la Sociedad no tenía tan sólo su habitual público de *mucamas* que en espera del baile con el cual tales fiestas solían terminar hasta escotadas venían, y dependientes de almacén, vestidos con el *smoking* encargado para retratarse y deslumbrar en la aldea. Había, en los palcos, muchas familias, representación galaña de la Colectividad, y Farfán tuvo la dicha de ver a Iturbe con su hija, toda resplandeciente de galas y deslumbradora de belleza.

Estela iba a oírle, y más que al loro le dedicó a ella el discurso. Tenía pensada una evocación del sabio animal, de aquel animal insigne que, cuando vió en el pueblo a un orador famoso, le pidió la



pata, llamándole compañero, y a una ilustre dama, muy conocida por sus novelas amorosas, le llamó algo más grave. Pero a la vista de Estela la imaginación le voló hacia más altas regiones. Cantó la patria, cantó el amor. Afirmó que, únicamente por tener una dama a quien dedicar la vida, habían hecho sus antepasados tan grandes cosas. Clavó con anhelo los ojos en el palco de enfrente, como si a cierta damita rubia que allí estaba le hiciese una nueva declaración de sus sentimientos. Suspiró, y al poner término a su discurso, tuvo la satisfacción inmensa de ver que las enguantadas manos de la dama le aplaudían. Una sangre más activa y más grata pareció invadirle entonces, y aplaudió entusiasmado a Sánchez Ocaña, que, alto, recio y con unos bigotes formidables, ya se disponía a recitar sus versos ilustres. Y Farfán tuvo aún otra alegría: Daniel estaba cerca de Estela, en el palco de la Comisión, al lado del suyo, y ella ni parecía darse cuenta de su proximidad... Entretanto, por entre las foscas cerdas del bigote de Sánchez Ocaña, comenzó a manar, asombrosamente, una voz meliflua:

*Canta el carro...*

Cálló un instante el poeta, cobró aliento en un suspiro, y añadió con importancia:

*Canta el carro...*

Risas irreprimibles volaron de algunos palcos a otros. El poeta volvió a detenerse en un silencio severo, y al nuevamente hablar consiguió que la voz le saliese firme, aleccionadora y grave:

*Canta el carro,  
canta el carro en la vereda solitaria,  
canta el carro en la vereda tenebrosa  
que bordea los cantiles y desciende hasta la playa.*

Se interrumpió para mirar triunfalmente a la concurrencia, y continuó, llevándose las manos al corazón. De vez en cuando su voz lenta se entremezclaba de suspiros trinitados.

*Canta el carro, y los sonidos  
que se engendran en el eje y que vibran en las llantas  
tienen ecos de alegrías y de penas,  
tienen algo que demuestra que en los carros hay  
garganta*

*y no todo es producido por el roce de maderas  
a las cuales no suavizan los jabones ni las grasas...*

Un largo estremecimiento pasó. Se reían aún en sus palcos algunas muchachas frívolas; se reía Villasuso, poeta y rival de Sánchez Ocaña, y hasta acabó por reírse Farfán de los Godos. Pero el público inocente sólo sacaba, de aquellos versos grotescos, una emoción de la patria remota, en cuya vida tanta intervención tiene el carro cantador y georgico. Y Sán-

chez Ocaña, sin oír las risas, tosió para aclarar las palabras, reveladoras y profundas, que pronto iban a salirle de los labios.

*Con sus sonidos, los carros nos dicen que tienen vida,  
nos dicen que tienen alma...*

*Que los carros, que los carros, que los carros que  
[rechinan,*

*que los carros que se quejan y que cantan,  
yo sé bien que representan a una raza vigorosa  
con sus penas y sus ansias;*

*a una raza que no encuentra quien entienda sus  
[suspiros,*

*a una raza que abandona las ternuras de la patria  
y que busca, laboriosa,  
horizontes en la tierra americana.*

Un aplauso enternecido rodó entonces por todo el recinto. Oyéronse gritos:

—¡Bravo! ¡Muy bien!

El poeta dió un paso más confiado hacia la gente y atacó con brío los versos finales:

*Y mi canto, que es de carro,  
dispensando, dispensando, dispensando la palabra,*





*es la ofrenda que os dedica la inspiración de mi musa,  
como el eje de los carros, de antiguo mal ensebada.  
Canta el carro, canta el carro, y sus sonidos  
son el símbolo rodante de una raza...  
Y mi canto, que es el canto de los carros,  
porque yo, como los carros, tengo alma,  
sea abrazo de este nieto de los incas  
a los hijos de los parias...*

Otra vez se había llevado las manos al pecho, y así oyó los delirantes aplausos de la concurrencia y así le sorprendieron unos espectadores fogosos que querían sacarle en hombros. Se negó modesta y heroicamente; pero a su gloria no faltó ningún detalle. Aun refán en sus palcos las gentes frívolas y los espíritus independientes y superiores; pero entre el público ingenuo hubo quien sintió húmedos los ojos. Los versos de Sánchez Ocaña, grotescos y todo, habían producido, en la mayor parte de aquellas almas nostálgicas, una emoción intensa y honda. Y hasta Daniel aplaudió conmovido.

Portela y Portuondo, fiel a su criterio de no hablar de balde, ni había aparecido por el salón ni tuvo siquiera la delicadeza de mandar una disculpa. Terminó, pues, la velada con los versos del ilustre poeta, y ya se retiraban las sillas disponiendo el salón para el baile, cuando de repente sonaron, allá abajo, unos gritos, y se notó un arremolinarse de gente. Inquieto por el orden, Antón de Piornelo, que desde dos meses antes presidía la Sociedad, se inclinó sobre el antepecho del palco y pudo ver a un hombre, a un calvo, que se debatía y gritaba, rodeado de gente, en medio del salón. ¡Un bochiche en aquella Sociedad tan decente! ¡Era para sacar el bochinchero a patadas! Bajó indignado, despavorido. Abrióse paso a codazos, y, ciego por la indignación, le sujetó de las solapas, sacudiéndole rudamente.

—¡Oiga usted, so calvo, so estúpido, acá no se grita!...

Pero dejó caer la mano helada de espanto. El calvo le miraba sorprendido, y Antón reconoció al doctor Madariaga, que acababa de llegar en sustitución de Portela, y comenzaba su discurso donde podía. El susto de Antón de Piornelo, aunque tan pronto y de tan grata manera disipado, había cundido, y de los palcos, sin esperar siquiera el comienzo del baile, comenzaba a marcharse la gente. Daniel advirtió que Estela, ya en pie y poniéndose el abrigo, ni por curiosidad volvía los ojos hacia donde él estaba. Se encogió de hombros. De algún tiempo a aquella parte todo avivaba las ansias constantes de su corazón, haciéndole acordarse intensamente de su tierra, y volvía tan sólo a desear la marcha con el ansia dolorosa de los primeros días.

Casi no pensaba en otra cosa que en aquella idea. ¿Pero cómo realizarla? Al emprender su negocio de siembra había dejado la oficina; sin atreverse a afrontar la vista de Iturbe, ya enterado de casi todo cuanto le había ocurrido con su hija, no pudo recu-

perar aquel empleo, y al buscar otro tuvo aún menos fortuna que en los primeros tiempos, cuando el doctor Madariaga le decía que allí era casi imposible encontrar un acomodo, y el doctor Yáñez le daba una carta para su escéptico compañero, y el ordenanza de un gerente de Banco, al sentirle los pasos ya conocidos, sin apartar la vista del periódico levantaba un dedo en el aire y lo movía con descorazonadora ondulación de péndulo. Sus amigos, queriendo consolarle, le asustaban más.

—Es que has fracasado, y en este país el fracaso difícilmente se perdona. Mientras eso no ocurre, uno es una esperanza. Pero ¡ay del que tropieza! ¡Ay del que cae!

Poco a poco, Daniel volvió a descender los escalones de su triunfo. Andaba ya mal vestido, con la ropa brillante, con las botas torcidas. Dormía otra vez en la azotea y se rebelaba contra aquellas durezas del destino. ¡Fracasado! ¿Por qué? Habían fracasado otros, los que se dedicaron a especulaciones excesivas, los que emprendieron negocios fantásticos. Fracasó, si acaso, el país, que tanto prometía a quienes se fiaban de sus excelencias. Fracasó en él, por azar imprevisto, una de sus empresas. Pero él, no. De su fracaso personal no podía hablarse con justicia. El había trabajado, había luchado, había hecho más, infinitamente más de cuanto podía pedirle a un hombre acostumbrado a la vida ociosa y regalada de su tierra...

Por su parte, Farfán, clavada en el alma aún la mirada dulce de Estela, revivía como el hombre que buscó una luz y ha encontrado un sol radiante. Se encaró al fin con Daniel, le arrancó su palabra de que sabía oírle, y le confió cierta idea que se le había ocurrido.

—Contigo no quiere casarse, y con otro no podrá, no se atreverá. ¿Qué porvenir la espera entonces? Voy a hablar con ella, a ofrecerle un nombre, un apoyo, un báculo. Soy feliz. Ahora no puede rechazar me.

Pero a la noche apareció desesperado. Sabiendo que Estela no le recibiría en su casa, la había acercado al salir y se le había acercado para pedirle su blanca mano a cambio de su mano honrada. Y lo único que ella hizo fué reírse, reírse torva, terriblemente. Acabó por decirle cómo, tan caballero, tan hidalgo, tan español, devoto sin duda de la honra, olvidaba la clase de relaciones que había habido entre ella y uno de sus amigos. Llegó a preguntarle a él, ¡a él!, si era que ya se había enterado de que a su padre le iban otra vez bien los negocios y quería hacer el suyo... Y no le dejó explicarse, defenderse. Se alejó riendo, diciéndole que no estaba loca...

Desde aquel momento se acabó Farfán. Su última esperanza había muerto, y todo pareció morir en él. Triste y acobardado, pronto al mismo Antón, con quien, liquidada su cuenta al regreso del Tioal, volvía a enredarse optimistamente en deudas, llegó a

(Continuará).